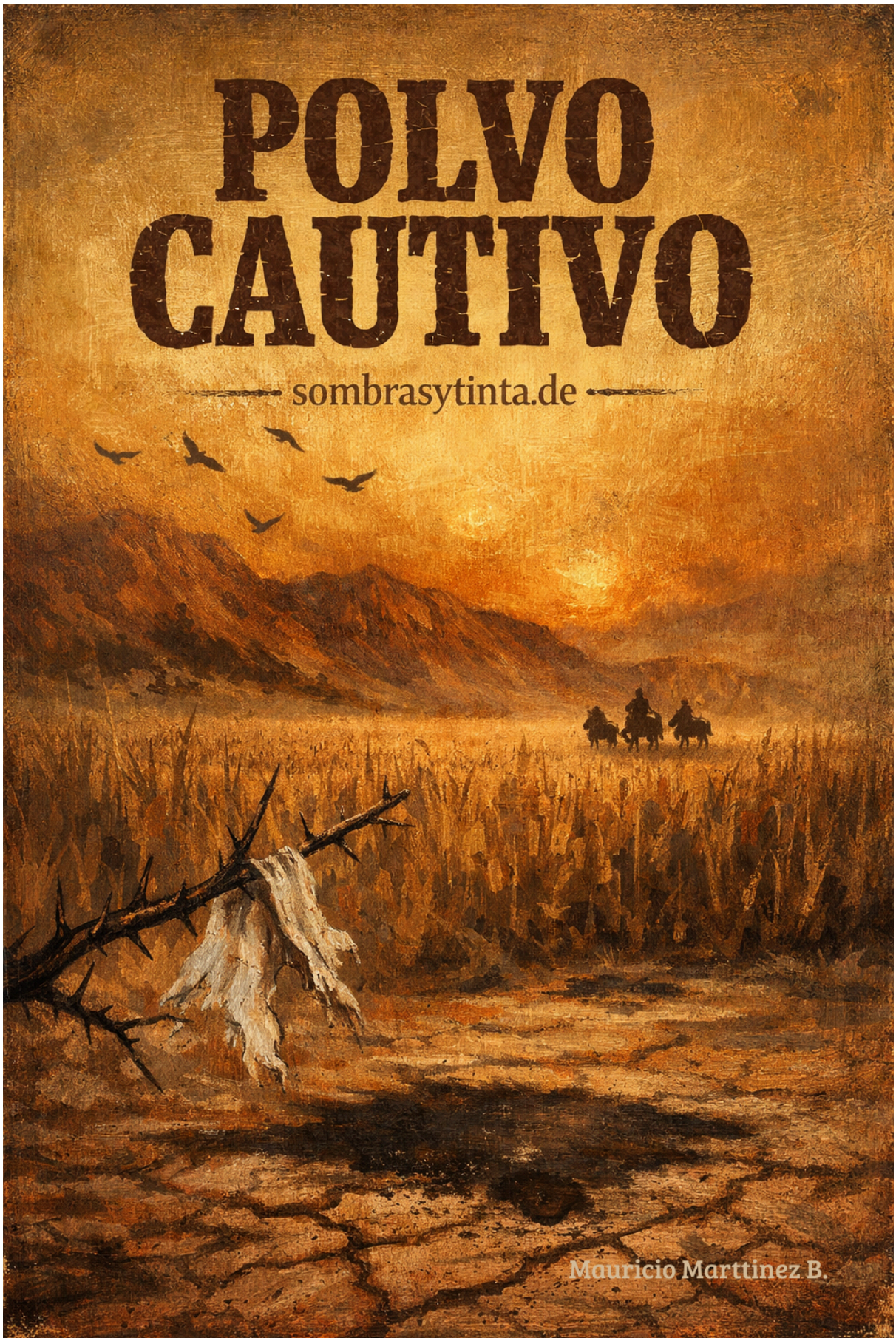


POLVO CAUTIVO

— sombrasytinta.de —



Mauricio Marttinez B.

Capítulo 1: La Tierra Sin Mal

El sol en el Chaco no sale: se clava. No hay esa dulzura de amanecer que uno ve en las postales de otros lados. Ahí la luz es un machete que parte el horizonte de un tajo y deja sangrando el día. En la tierra de los ava, los hombres de verdad, el calor sube del suelo como el aliento de un animal enterrado.

Aquí en Sucre el aire es fresco y el cielo cae limpio y alto. Pero en aquellas tierras, por los años en que aún mandaban los hombres del Rey en el Ingre, en 1735, el sol daba en la nuca, derretía la grasa de los caballos y secaba la saliva antes de escupirse. Así era el mundo de ellos.

Los chiriguano no tenían relojes, pero sabían la hora exacta del día por el vuelo de los pausanés y el canto de las charatas. La maloka grande, la del cacique Yaguaró, era un hormiguero de vida antes de que el calor apretara. Las mujeres, con las manos duras como raíces, tejían redes de caraguatá en la penumbra fresca de los aleros. Ese hilo áspero, sacado de una planta que parece hecha de puro desprecio, era con lo que hacían las bolsas para cargar la chicha, los morrales para la caza y las hamacas para los niños.

Los chicos correteaban desnudos entre las ollas de barro, persiguiendo a un tatú que se había metido donde no debía. Nadie les gritaba. El ruido era parte del monte. Un perro flaco, de esos que parecen venados, dormía con un ojo abierto cerca del fogón central.

Yaguaró, el jefe, afilaba una quijada de palometa. Ese era el cuchillo del guerrero. Un hueso plano, lleno de dientes menudos y filosos como el pecado. Con eso se cortaba el cogote de un chancho del monte, se raspaba el cuero para los tambores, y si la ocasión lo pedía, se abría el pecho de un enemigo para sacarle el corazón todavía caliente. Era una herramienta que no necesitaba del hierro del blanco.

—Los Aba-Caraí tienen machetes que brillan —murmuró un guerrero joven, casi un muchacho, mirando la quijada con desprecio fingido.

Yaguaró no levantó la vista. Pasó el pulgar por el filo de hueso. Salió un hilito de sangre que se lamió sin gesto.

—El brillo encandila. El hueso no. El hueso espera.

Esa era la voz de la frontera. El brillo contra la paciencia. Los que venían de afuera traían el acero de Toledo y la pólvora del Rey. Pero en el Chaco, la paciencia la tenían los que sabían esperar a que la víbora yará se moviera primero.

El Consejo de Ancianos se reunió esa tarde bajo el algarrobo grande, el que daba una sombra negra y fresca como el fondo de un pozo. No había sillas ni mesa. Las nalgas en la tierra y las palabras justas. El más viejo, Ñaupa, tenía los ojos cubiertos

por una nube blanca, pero veía más que todos los jóvenes juntos. Olía el viento y sabía de dónde venía el mal.

—Los Mbaekuaá han vuelto a plantar su casa de palos cruzados en el valle de la sal —dijo Ñaupa, usando la palabra chiriguana para el chamán de los blancos: *Mbaekuaá*. El que hace magia con agua en la frente y con un libro que susurra solo—. Dicen que su magia es para el cielo, pero a nosotros nos seca la chicha y nos pudre el maíz antes de que cuaje.

Un murmullo recorrió el círculo de ancianos. La memoria era larga. Años atrás, esos mismos hombres de sotana negra habían llegado con promesas de paz y regalos de espejos. Luego vino la viruela. Luego el hambre. Y cuando los guerreros quisieron vengarse, los soldados del Corregidor Joseph Morillo llegaron con sus caballos y sus fusiles. Eso no se olvidaba. Estaba escrito en los huesos de los antepasados que descansaban en las tinajas bajo el piso de la maloka.

—Yo los vi —intervino Angaypá, un cacique joven de los del Ingre, con el torso cruzado de cicatrices de guerra—. El principal de ellos, el de la barba de chivo, camina entre las casas de los neófitos como si él fuera el dueño de la lluvia. Los nuestros se arrodillan ante un palo cruzado. Les ha robado el *tupicho* del valor.

El *tupicho* era el amuleto, la fuerza mágica que cada guerrero llevaba consigo. Los curas lo llamaban "ídolo" y lo quemaban en la plaza. Para los chiriguanos, era como si les arrancaran la sombra.

Yaguaró se puso de pie. Era alto, más alto que los demás, con la espalda ancha de quien ha cargado tapires muertos desde el fondo del monte. Su voz no era un grito. Era el gruñido de un puma antes de saltar.

—Ese Mbaekuaá ha violado el límite del río. Su magia está matando a los niños de la banda de Carurutu. Los *Aña* del monte están enojados porque él los espanta con su canto de agua. Si el Consejo no declara la guerra, yo me llevo a mis *kereimba* y voy solo.

Los *kereimba* eran los guerreros jóvenes, los que aún no tenían esposa y buscaban la gloria en el combate. Eran impetuosos, sangrientos, y leales hasta la muerte al líder que les diera la oportunidad de lucirse.

El viejo Ñaupa alzó una mano temblorosa.

—Se hará. Pero no como perros rabiosos. Lo haremos en la fiesta de la algarroba. Cuando los *Aña* del sueño tengan a los neófitos con la barriga llena. Entonces, cuando el lucero del alba esté más alto que el palo cruzado, caeremos.

Así se decidió. No hubo más discusión. La guerra estaba declarada.

Mientras tanto, a tres jornadas de allí, en un claro robado a la selva, el objeto de aquel odio ceremonial se arrodillaba sobre la tierra fría de la iglesia de La Concepción del Ingre.

El padre Julián de Lizardi era un vasco terco, de esos que parecen tallados en la misma madera de roble de los barcos que cruzaban el mar océano. Tenía la barba descuidada, las manos llenas de astillas de estar arreglando el techo de la capilla, y una mancha de tinta en el índice que ya no se le quitaba ni con ceniza. Era filósofo, profesor en Córdoba, y ahora estaba allí, en el fin del mundo, discutiéndole a una gallina que se había colado en el altar.

—Sal de ahí, animal del demonio —murmuró en un español cerrado, mientras la gallina lo miraba con el desdén de un inquisidor.

No era un santo de estampa. No todavía. Era un hombre con callos en las rodillas de rezar y en los pies de caminar detrás de los indios neófitos por el monte. Esa noche, el calor era un manto húmedo y pegajoso. El sudor le corría por la sotana como si estuviera metido en un baño de vapor.

Salió al patio de tierra. La luna estaba alta y el monte era una pared negra llena de sonidos. No se oían pájaros. Eso era lo extraño. El silencio del Chaco es mentiroso; siempre hay algo: un grillo, un sapo, el roce de una hoja seca. Pero esa noche no. Era un silencio de tumba, de esos que ponen los pelos de punta.

Lizardi lo sabía. Había vivido lo suficiente entre los guaraníes de Loreto para entender cuándo el monte te está mirando. No era la paz de Dios. Era la quietud de la emboscada.

Dentro de la capilla, una veintena de neófitos dormían en el suelo, cerca del sagrario. Eran los que habían creído, o al menos fingían creer para salvar el pellejo de las correrías de los soldados. El Padre los miró desde la puerta. Eran su rebaño. Su responsabilidad.

En la sacristía, sobre una mesa de palo, descansaba la imagen de la Virgen de la Tariquea. Era una talla morena, con los ojos pintados mirando al cielo y una corona de plata que habían traído desde Potosí. Los jesuitas la llamaban *La Conquistadora*. Los indios, en voz baja, la llamaban *Tupã Sy*, la Madre del Trueno.

Lizardi se santiguó frente a ella y tomó el breviario. Sus dedos rozaron la cubierta de cuero gastada. Al abrirlo, una pequeña estampa de San Sebastián cayó al suelo. La recogió con cuidado. El santo estaba allí, atado a un tronco, con el cuerpo lleno de flechas como un alfiletero celestial. La imagen lo inquietó más de lo que hubiera querido admitir.

Afuera, en el borde del claro, los ojos de Angaypá y sus *kereimba* brillaban en la oscuridad como las brasas de un cigarro apagado. Habían llegado con el silencio de

las víboras. Traían los arcos tensados con fibras de caraguatá y las flechas con punta de palometa untadas en el veneno de la yarará. Olían a grasa de pescado y a tierra.

El cacique joven apretó en su mano un pequeño *tupicho*: una bolsita de cuero con un diente de jaguar y una pluma de buitre. Pidió permiso a los *Aña* del lugar para profanar aquel espacio de magia ajena. Luego, hizo una seña con la cabeza.

El primer guerrero saltó la empalizada de palos sin hacer ruido. Detrás de él, la noche se llenó de sombras que corrían hacia la iglesia. La última cosa que se oyó antes del primer grito fue el ladrido cortado de un perro flaco.

Dentro, el Padre Lizardi terminó el rezo de completas. Escuchó el perro. Alzó la vista y vio la puerta de la capilla todavía entreabierta. La gallina salió corriendo cacareando hacia el patio y no volvió a aparecer.

El vasco se puso de pie, se alisó la sotana sucia de polvo, y caminó hacia el umbral. Sabía que estaban ahí. Y como buen vasco terco, no se escondió.

Capítulo 2: Donde Anidan los Aña

El primer grito no pareció humano. Fue el chillido de una mujer neófito a la que sorprendieron saliendo de su choza para orinar. El sonido se cortó de golpe, como cuando se pisa una rama seca. Después vino el silencio otra vez, ese silencio chaqueño que es peor que cualquier ruido, porque significa que la muerte ya está adentro y está eligiendo a quién llevarse.

Yo no estuve ahí, pero he visto en sueños tantas veces que podría contarlo como si lo hubiera vivido. El que me lo relató fue un misionero viejo. Me dijo que los Aña del monte se habían soltado esa noche. Y cuando un jesuita te habla de demonios, sabés que la cosa fue seria.

Los *kereimba* de Angaypá entraron como el agua de la creciente: sin avisar y cubriéndolo todo. Eran unos treinta guerreros jóvenes, pintados con urucú rojo en la cara y huito negro en el pecho, dibujos que parecían huesos de muerto sobre la piel viva. No gritaban. Eso era lo peor. Los chiriguano no son como los guaraníes del Paraná, que van a la guerra cantando. Estos van callados, con la boca apretada y los ojos fijos en la nuca del enemigo.

Las flechas empezaron a silbar antes del amanecer.

Tziip. Una sombra pasó junto a la oreja del Padre Lizardi y se clavó en el marco de madera de la puerta, vibrando como una cuerda de arpa rota. La punta de palometa había astillado la madera. El vasco no se movió. Se quedó plantado en el umbral de la capilla, con la sotana negra recortada contra la luz temblorosa de las velas del altar.

Adentro, los neófitos se despertaron con el ruido de las flechas golpeando las paredes de adobe. Algunos se arrastraron bajo los bancos de palo. Una mujer empezó a rezar en guaraní, mezclando el Padre Nuestro con una antigua invocación a Tupã que los jesuitas no habían podido arrancarle del todo.

—*Ore rú, yvápe reiméva... Tupã, Tupã, angaipa poriahu...*

Lizardi se volvió hacia ellos. Su cara era la de un hombre que ya ha hecho las paces con lo que viene. Los miró con esos ojos vascos, claros como el agua del Guapay, y dijo con una calma que helaba más que el grito:

—Cuiden su cuerpo. El alma ya la tiene Dios. Yo me quedo con la mía en este umbral.

Uno de los neófitos, un muchacho chané de unos catorce años al que llamaban Tomasito, quiso levantarse y seguirlo. El Padre lo detuvo con un gesto de la mano.

—Vos no. Vos corré para el monte cuando yo te lo diga. Y no mires atrás.

Afuera, la noche se había llenado de figuras que corrían agachadas entre las chozas. Una flecha atravesó la ventana de la capilla y se clavó en el pecho del Cristo del altar mayor, justo en el costado, donde Longinos metió la lanza. La imagen tembló y se quedó quieta, con la flecha sobresaliendo como si el mismo Hijo de Dios estuviera siendo martirizado de nuevo en aquella tierra de infieles.

Angaypá apareció entonces en el claro frente a la iglesia. Era alto, más alto que la mayoría de los chiriguano, y llevaba en la cabeza plumas de guacamayo rojo que le daba un aire de rey salvaje. En una mano blandía la macana, un palo pesado de quebracho colorado con el extremo tallado en forma de hacha roma. En la otra, un arco todavía humeante por el fuego que habían encendido en la empalizada.

Detrás de él, un grupo de guerreros arrastraba a un neófito viejo al que llamaban Abuelo Chumé. Le habían atado las manos con fibra de caraguatá y le sangraba la boca de un golpe. Lo tiraron de rodillas frente al cacique.

—¡*Aba-Caraí!* —gritó Angaypá, usando el término para el hombre blanco, el dueño de la magia ajena—. ¡Salí de tu cueva de palos, *Mbaekuaá!* ¡Tu *tupicho* no te va a salvar del hambre de los *Aña!*

Lizardi dio un paso al frente. Las velas de la capilla proyectaban su sombra alargada sobre la tierra del patio. No llevaba arma. Solo el breviario en la mano izquierda y un crucifijo de bronce en la derecha.

—No tengo *tupicho*, hijo —dijo en un guaraní trabajoso pero firme—. Solo tengo a Ñandejára, el verdadero Dueño de la Vida. Y Él te perdona, aunque vos no sepas lo que hacés.

Angaypá escupió al suelo. El esputo brilló a la luz de la luna.

—Tus palabras son humo. Tu Dios es un *Aña* débil que se deja clavar en un palo. Nosotros tenemos a los verdaderos dueños del monte. Y hoy ellos tienen hambre.

Hizo una seña. Dos guerreros se abalanzaron sobre Lizardi y le arrancaron la sotana de un tirón. El paño negro se rasgó con un sonido feo, como de ala de murciélago desgarrada. El vasco quedó en pie, con el torso desnudo, blanco como un pescado de río, marcado por las cicatrices de las disciplinas que se daba con el cilicio.

Lo empujaron contra la pared de la capilla. Alguien le arrebató el breviario y lo tiró al suelo. Las páginas se abrieron y el viento del amanecer empezó a pasar las hojas, como si un lector invisible estuviera buscando un pasaje en particular.

El crucifijo de bronce quedó en su mano derecha, apretado con fuerza.

—Eso —dijo Angaypá, señalando el crucifijo—. Ese es tu *tupicho*. Dame.

Lizardi negó con la cabeza.

—Es la imagen de mi Señor. No es para tus manos.

El cacique sonrió. Era una sonrisa sin alegría, solo dientes y vacío.

—Entonces morirás abrazado a él.

Dos guerreros lo agarraron de los brazos y lo arrastraron fuera del patio de la misión. Detrás de la capilla había una pequeña colina de piedra caliza, desnuda de vegetación, que los chiriguanos llamaban Ita-Cuá, la Piedra Hueca. Decían que allí vivía un *Aña* antiguo, anterior a la llegada de los hombres. Un espíritu que se alimentaba del eco de los gritos.

Lo sentaron sobre una piedra plana en la cima de la colina. El horizonte empezaba a clarear con una luz sucia, color panza de burro. Las primeras avispas del día zumbaban alrededor de las heridas abiertas de los neófitos capturados.

Lizardi cruzó los brazos sobre el pecho, con el crucifijo apretado contra el corazón. Levantó la vista al cielo. Ya no había luna, solo esa claridad triste que precede al sol chaqueño, cuando el calor todavía no aprieta pero ya se anuncia como una amenaza.

Angaypá y sus guerreros formaron un semicírculo a unos veinte pasos. Levantaron los arcos. Las cuerdas de caraguatá crujieron al tensarse. Las puntas de palometa apuntaban al pecho del vasco, brillando con la humedad del rocío y el veneno seco de la yará.

—*Peẽ pejuka ore rekoha* —murmuró uno de los guerreros jóvenes, el que había hablado antes en la maloka—. Ustedes matan nuestra tierra.

Lizardi lo oyó. Y en lugar de responder con palabras, empezó a rezar. No en latín, como hubiera hecho en su cátedra de Córdoba. Rezó en guaraní, para que ellos entendieran, para que supieran que aquella magia no era ajena, que aquel Dios también sabía hablar la lengua del monte.

—*Ore rú, yvápe reiméva...* Padre nuestro que estás en el cielo...

El primer arquero soltó la cuerda.

La flecha silbó en el aire del amanecer. El sonido era casi musical, como el de una flauta de caña de las fiestas de la algarroba. Pero en lugar de anunciar baile, anunciaba el final de algo.

El tiempo se estiró como la baba de un caracol.

Lizardi vio la flecha venir. La punta de palometa brilló con un destello anaranjado, reflejando la primera luz del sol que se asomaba detrás de la cordillera del Ingre. El vasco no cerró los ojos. Los mantuvo abiertos, fijos en el cielo, donde unas nubes delgadas como hilachas empezaban a teñirse de sangre.

La flecha estaba a dos palmos de su pecho.

A uno.

Alcanzó a rozar la piel sobre el esternón.

Y entonces...

Capítulo 3: Los llamados

La noticia no llegó con campanas ni con pliegos sellados. Llegó con el polvo. Un arriero de mulas, de esos que trafican sal desde las Salinas hasta Potosí, entró a la Villa de San Bernardo de la Frontera con los ojos desorbitados y la boca seca como un cauce en agosto. Venía de escapada, con una mula coja y el alma en un hilo. Dijo que había visto humo negro sobre el Ingre, y que los pájaros volaban en círculos sobre la misión de La Concepción como si estuvieran esperando su ración de carroña.

En menos de lo que se tarda en rezar un Credo, la Villa de San Bernardo se puso en movimiento. Las campanas de San Francisco doblaron a muerto, aunque nadie sabía aún de quién. Los perros ladraron. Las mujeres se santiguaron en las ventanas. Y en el colegio de la Compañía, el Padre Antonio Berschon recibió la noticia con la calma de un carpintero al que le encargan otro ataúd.

El alemán convocó al Padre Joseph Pons en la sacristía, junto al armario donde guardaban los ornamentos de difuntos.

—Hay que ir al Ingre —dijo Berschon, doblando una casulla negra con movimientos precisos—. Los chiriguanos han atacado La Concepción.

Pons palideció. Era joven, delgado, con ese aspecto de ciervo asustado que nunca se le quitó desde que llegó al Paraguay. Se pasó la lengua por los labios secos.

—¿Y el Padre Lizardi?

Berschon no contestó de inmediato. Guardó la casulla en el armario y cerró la puerta con un golpe seco.

—Eso es lo que vamos a averiguar. Prepárate. Salimos mañana.

—¿Salimos? ¿Así, sin más? ¿Sin escolta, sin...

—Dios proveerá.

Pons no dijo nada más. En la Compañía, cuando un superior decía "Dios proveerá", significaba que el inferior debía callarse y obedecer. Pero en sus ojos quedó flotando un pensamiento que no se atrevió a soltar: Dios dame el temple para cumplir tu voluntad.

La provisión de Dios llegó al segundo día, con olor a cañaveral y acento asturiano.

Francisco de Caso y Valdés era un hombre bajo, de espaldas anchas y manos de labrador, aunque hacía años que no agarraba un azadón. Ahora trabajaba para los Marqueses de Tojo en la frontera, y eso le daba un poder que ejercía sin alharaca, como quien bebe un vaso de agua. Entró al colegio sin anunciarse, con las botas

llenas de barro seco de su hacienda de San Lorenzo, y soltó un bolso de cuero sobre la mesa del Rector.

—Aquí hay para mulas, pólvora, bastimentos y lo que haga falta —dijo, secándose el sudor de la frente con un pañuelo que alguna vez fue blanco—. Los señores marqueses responden a su llamado y al deber de rescatar a la misión de La Concepción en el Ingre.

Berschon lo miró con respeto.

—¿Usted viene con nosotros, don Francisco?

El asturiano se echó a reír, una risa corta y áspera como un quejido.

—Voy. Yo voy. Alguien tiene que asegurarse de que no me roben las mulas.

Así empezó a formarse la partida.

Esa misma tarde, en la plaza del pueblo de San Bernardo —al que todos llamaban Tarija, aunque ese no fuera su nombre—, Yasi cargaba bultos de maíz para las monjas carmelitas. Era un indio chané, bajo y fornido, con la piel curtida como cuero de vaca vieja. No hablaba. Nadie sabía si era mudo de nacimiento, si le habían cortado la lengua en alguna incursión chiriguana, o si simplemente le daba vergüenza su español trabado. Se comunicaba con gruñidos y señas. Pero sus ojos hablaban por él, y en ellos se veía que había visto cosas que nadie en Tarija podía imaginar.

El Padre Pons lo conocía de la misión de Santa Ana. Y cuando lo vio en el mercado, con un saco de maíz al hombro y la mirada perdida en el horizonte del este, supo que era el hombre que necesitaban.

—Yasi —le dijo, acercándose con cuidado, como quien se acerca a un animal que puede espantarse—. Vamos al Ingre. Necesitamos un guía.

El chané lo miró. Sus ojos parpadearon una vez, despacio, como un búho. Luego bajó el saco de maíz, se limpió las manos en su camisa rota, y señaló hacia el este con un gesto que no necesitaba traducción.

—¿Vienes?

Yasi gruñó. Podía ser un sí, podía ser un no. Pero cuando Pons echó a andar hacia el colegio, el chané lo siguió.

Mbaepora estaba en el patio del colegio, sentado en cuclillas junto a la noria. Los jesuitas lo habían bautizado con el nombre de José Julián, en honor al santo del día de su conversión, pero nadie lo llamaba así. Le decían Dos Flechas, porque una vez, en una escaramuza con los tobas del Pilcomayo, había disparado dos flechas a

la vez desde su arco y había acertado a dos enemigos en los ojos. Era joven, impetuoso, y tenía el torso lleno de cicatrices rituales que los jesuitas no habían podido borrar con el agua bendita. Quería demostrar que un indio converso podía ser tan valiente como cualquier kereimba de su antigua tribu. O más.

—Voy —dijo cuando Berschon le preguntó, sin levantar la vista del suelo—. El monte del Ingre es bravo.

Se quedó un momento en silencio, raspando la tierra con la punta del pie.

—Quiero conocerlo.

Berschon no respondió. Anotó su nombre en la lista y pasó al siguiente.

El siguiente era Apocaviú, al que en la misión llamaban Juan de la Cruz. Era un viejo chiriguano de la banda de los tariqueños, con la cara llena de arrugas como un mapa del Chaco y las orejas siempre atentas, como un venado que huele al puma. De ahí le venía el apodo: Oreja Parada. Se había pasado al bando de los blancos después de que su propio cacique lo desterrara por una disputa de mujeres, y ahora servía como rastreador para los jesuitas a cambio de cuchillos de hierro, tabaco y la promesa de que no lo venderían en Potosí. Su lealtad era al filo de su machete, no al Dios de los cristianos.

—Voy —dijo, escupiendo un hilo de tabaco negro—. Pero quiero dos cuchillos nuevos. Los que tengo ya no cortan ni la manteca.

Berschon asintió. Don Francisco, el asturiano, anotó el gasto en su libreta con una mueca de disgusto.

Faltaba uno. Y ese uno llegó por el lado más inesperado: el convento de las Carmelitas Descalzas.

Sor Catalina de la Lliga era una monja de clausura, de esas que han renunciado al mundo y a sus pompas. Pero no había renunciado a la esperanza de la vida del Padre Lizardi. Ella estaba de rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Cuando un hombre entró al locutorio, era alto, con el pelo negro atado en una coleta y los ojos de un gris tan claro que parecían agua de pozo. Vestía una capa terciada gastada, botas de cuero de vaca, y al cinto llevaba un facón toledano con la marca de un herrero de Etxalar. Se llamaba Ysidoro de Arraya de Gorossureta, nacido en Santa María de Etxalar, Navarra, en 1703. Había sido soldado del Rey en las guerras calchaquíes, y había matado a tantos indios que ya ni se acordaba de las caras. Ahora hacía camino entre Tarija y Charcas.

Negocio corto, palabra justa. Caminos que ya conocía de antes, cuando no llevaba cuentas sino órdenes.

Le decían el Tuerto. Pero no porque le faltara un ojo. Le decían así porque, según él mismo contaba cuando estaba borracho, solo veía la mitad de las cosas: la del deber. La otra mitad, la del amor y el perdón, la había perdido en una quebrada de Calchaquí, junto al cuerpo de un niño indio al que había degollado por orden de un capitán que luego murió de viruela. "Dios le cobra a uno el ruido que hace al vivir", decía.

Y él había hecho ruido de sobra.

No era hombre de visitas.

Nunca lo fue.

Pero esa tarde, quién sabe por qué, se arrimó igual.

—Sor Catalina... ¿qué le anda pesando? —dijo desde la sombra de la reja.

La monja alzó la vista. Los ojos le brillaban húmedos, pero la voz salió firme.

—Han atacado la misión del Ingre.

Bajó la mirada un segundo.

—El padre Lizardi está allá.

El Tuerto se rascó la nariz, despacio.

—El monte se lo queda, entonces.

—No —dijo ella, suave—. El monte no se queda con nadie si Dios no quiere.

Hubo un silencio corto.

—Los padres van a ir igual —siguió ella—. Sin hombres. Sin guía.

Sus dedos se cerraron sobre el rosario.

—Van a entrar a ciegas.

El Tuerto se frotó la barbilla. Luego soltó un resoplido que podía ser un quejido.

—Mal negocio.

—Consígame a alguien —dijo ella, sin mirarlo—.

—Alguien que sepa del monte.

Él no respondió.

—Alguien que no le tenga miedo a lo que hay ahí adentro —agregó, más bajo.

El silencio volvió a caer entre los dos.

—Usted ha servido a muchos, Ysidoro —dijo ella al fin—. Sus dedos se aferraron a los barrotes de la reja, blancos como la cera.

—Al Rey... a hombres...

Levantó la vista.

—Tal vez ya es hora de servir a otra cosa.

El Tuerto apretó la mandíbula.

No dijo nada.

Miró la vela.

Miró la reja.

Y después se fue.

Esa noche, en el patio del colegio, los seis hombres se reunieron alrededor de un candil de aceite. Berschon, Pons, don Francisco, Yasi, Dos Flechas y Oreja Parada. El Tuerto llegó el último, con una manta de Castilla echada sobre un hombro y el facón brillándole al cinto.

Pons levantó la vista del breviario.

—¿Usted es?

—El que va.

—¿A dónde?

—Adonde ustedes. Al Ingre.

Caso, el asturiano, lo miró de arriba abajo. Vio el facón. Vio las botas rotas. Vio los ojos grises que no miraban a nadie.

—¿Y usted quién es, para presentarse así?

—Ysidoro Arraya— contestó sobando su caballo tordo. El animal resopló, como si también tuviera dudas.

—El que sabe dónde están los vados del río Grande. El que conoce los pajonales donde los chiriguano no entran después de la luna llena. El que puede traerlos de vuelta.

—¿Y qué pide a cambio?

Arraya miró hacia la cruz del padre.

—Nada. Solo los gastos del viaje.

El Padre Berschon entrecerró los ojos.

Y no dijo más. No bastaba más.

Desplegó un mapa de cuero, gastado por el uso, con manchas de vino y cera.

—Salimos antes del alba. Rumbo al este, por el camino de Las Salinas. En dos jornadas llegamos al valle del Ingre. Allí buscaremos la misión de La Concepción y... y veremos qué encontramos.

—¿Y si encontramos chiriguano alzados? —preguntó Pons, con el ceño fruncido.

—Para eso llevamos pólvora —respondió don Francisco, sin levantar la vista del mapa.

Dos Flechas se removió inquieto. Oreja Parada escupió tabaco al suelo. Yasi, el mudo, miraba las estrellas como si leyera en ellas algo que los demás no podían ver.

El Tuerto se apartó del grupo y se sentó en un rincón oscuro, apoyando la espalda contra la pared de adobe. No rezó. No habló. Solo afiló su facón con una piedra de amolar, despacio, con un chsss-chsss que llenaba el silencio como el latido de un reloj.

A lo lejos, un perro ladró. Luego otro. Y luego, el silencio de la noche, ese que no es ausencia de ruido sino presencia de algo que espera.

Al alba, cuando el cielo era todavía un moretón morado sobre los cerros, los siete hombres montaron en sus mulas y caballos. Las herraduras resonaron en el empedrado de la calle principal de Tarija. Algunas mujeres se asomaron a las ventanas y se santiguaron. Un viejo que barría la puerta de su casa levantó la escoba en señal de despedida.

La última en verlos partir fue Sor Catalina, desde la torre del convento. Vio las siluetas de los jinetes recortadas contra el sol naciente, empequeñeciéndose a medida que se internaban en el camino del este. Reconoció al Tuerto por el

sombrero y la forma de montar, un poco torcida, como si llevara un peso invisible sobre los hombros.

—Ave María Purísima —murmuró, apretando el rosario—. Sin pecado concebida. Tráemelo de vuelta.

Y el camino se los tragó.

Capítulo 4: El Filo del Valle

Salieron con el lucero del alba todavía alto, cuando el cielo era un cardenal morado sobre los cerros de Sama. Las herraduras de las mulas arrancaban chispas del empedrado de la calle principal, ese que los vecinos llamaban "el paseo" y que no medía más de cuatro cuadras de punta a punta. Después, el empedrado se volvió tierra. Y la tierra, a los pocos pasos, se volvió monte.

La Villa de San Bernardo de la Frontera no tenía murallas. No las necesitaba. Su defensa era el nombre que le habían puesto: *Frontera*. Un aviso para el que llegaba de que, a partir de esa línea de sauces junto al río Guadalquivir, la ley del Rey se volvía un rumor y la voluntad de Dios un susurro que el viento chaqueño se encargaba de apagar.

El Padre Antonio Berschon iba a la cabeza, montado en una mula tordilla con la mirada fija en el este. Parecía tallado en madera de roble, con el sombrero de ala ancha echado hacia atrás y el breviario guardado en la alforja, junto a una pistola de chispa que había pertenecido a un capitán muerto en las guerras calchaquíes. Detrás, el Padre Joseph Pons se aferraba a las riendas como si la mula fuera a salir disparada en cualquier momento. Su sotana, demasiado nueva, demasiado negra, contrastaba con el polvo que ya empezaba a teñirla de un gris sucio.

Ysidoro de Arraya, cerraba la marcha junto a Yasi, el chané mudo. No hablaban. No hacía falta. El Tuerto de vez en cuando escupía un hilo de tabaco negro y Yasi miraba el horizonte con esos ojos de animal viejo que parecían leer el monte como un libro abierto. Adelante, Dos Flechas, y Oreja Parada, abrían camino con el andar suelto de los que han nacido con la tierra pegada a las plantas de los pies.

Francisco, el asturiano, iba en medio de la columna, con una escopeta terciada y la libreta de gastos guardada en el pecho, bajo la camisa.

Dejaron atrás las últimas casas de adobe, los corrales de cabras y las acequias cantarinas que bajaban del valle. El camino se angostó. Los sauces se volvieron churquis, esos árboles retorcidos y espinosos que parecen almas en pena condenadas a vigilar el desierto.

El segundo día amaneció sin alivio.

El monte ya no era el mismo.

Más cerrado. Más bajo. Más callado.

Las ramas se enganchaban en la ropa. El sudor no secaba.

Yasi empezó a ir adelante.

Nadie lo nombró jefe.

Pero ya lo era.

El aire se volvió denso, caliente.

Cargado de un olor a polvo viejo y a algo dulzón, como fruta podrida, que era el aliento mismo del Chaco.

—A partir de aquí —murmuró Oreja Parada, sin volverse, en su español mascado—, ya no hay camino. Hay huellas. Y algunas son de gente que no quieres encontrar.

Dos Flechas se rio por lo bajo, mostrando los dientes.

—Viejo miedoso. Para eso traemos pólvora.

—La pólvora se moja, muchacho. Y aquí el rocío es traicionero.— Le empujó el arco con dos dedos.

Apenas.

Pero lo suficiente.

El Tuerto los oyó discutir y no dijo nada.

Su mano descansaba en el pomo del facón.

No miraba el camino.

Miraba el monte.

Los claros.

Las sombras.

La forma en que el viento movía las copas de los quebrachos.

En Calchaquí había aprendido eso:

el enemigo no se ve cuando llega.

Se ve el silencio que deja.

Ysidoro miró a Yasi.

No habló.

Solo preguntó con los ojos.

Yasi levantó apenas el mentón.

Señaló arriba.

Nadie entendió.

Después sí.

No había pájaros.

Ni uno.

El monte estaba mirando.

Siguieron.

Nadie habló.

El calor apretó un poco más.

Yasi se detuvo de golpe.

Levantó la mano, con la palma abierta.

Todos frenaron.

El chané señaló hacia una loma pelada, a media legua al noreste.

Piedras blancas.

Como huesos.

—¿Qué pasa? —preguntó Berschon.

Yasi no respondió.

Gruñó bajo.

Señaló otra vez.

Oreja Parada miró.

Entrecerró los ojos.

—Pasaron por ahí —dijo—.

Anoche.

—¿Quiénes? —preguntó don Francisco, cargando la escopeta.

Oreja Parada escupió —Los Aña del Ingre.— y siguió andando.

Berschon levantó la mirada.

Siguieron avanzando.

El sol caía derecho. El polvo se metía en las narices, en las orejas, en el alma.

No había sombra que alcanzara. Las mulas resoplaban y espantaban tábanos con la cola.

Pons caminaba en silencio, con la sotana pegada al cuerpo.

Cada paso le pesaba más que el anterior.

No rezaba en voz alta.

Si Dios estaba en todas las cosas...

también estaba en ese calor que aplastaba,

en ese cansancio que doblaba la espalda,

en ese monte que no se dejaba conocer.

Entonces no bastaba repetir lo aprendido.

Había que entender.

¿Cómo hablar de un Dios de orden a hombres que viven en lo abierto?

¿Cómo enseñar casa a quien reza caminando?

Bajó la vista.

Si este camino era por Su gloria,

entonces el cansancio también lo era.

Y cada paso...

aunque doliera...

contaba como oración.

Siguió caminando.

El Tuerto lo observó de reojo y sintió una punzada de algo parecido a la lástima.

—Padre —dijo, con esa voz de piedra de moler—. Guarde la saliva. Aquí los rezos se evaporan antes de llegar al cielo. Mejor beba agua.

Pons lo miró, sorprendido.

—¿Cómo sabés eso?

El Tuerto no respondió.

Pons sostuvo la mirada un segundo más.

—No parece consejo de quien no reza.

El Navarro escupió a un costado.

—Es consejo de camino.

Pons asintió apenas.

—Y sin embargo... aquí estás.

El Tuerto no se movió.

—No viniste por nosotros —siguió el jesuita—.

Ni por la misión.

Bajó la voz.

—Viniste porque tuviste un llamado.

Un silencio corto.

El Tuerto se rascó la barba.

—El llamado de una monja... Sor Catalina —dijo—.

El jesuita lo miró fijo.

—No me respondas con lo más fácil, el favor no se lo haces a ella, lo haces por tí, para acercarte a Dios.

El Tuerto alzó apenas un hombro.

Pons no insistió.

Ambos no miraron adelante.

Yasi se detuvo.

No levantó la mano esta vez.

Solo miró al suelo.

Una yarará, enroscada como una raíz viva, estaba a medio paso de la mula de Francisco.

Nadie la oyó.

Solo él.

Al mediodía se detuvieron junto a una aguada fangosa, protegida por un anillo de palmeras caranday. Las mulas bebieron con avidez. Oreja Parada se agachó junto a la orilla y escudriñó el barro.

—Pasaron caballos —dijo, señalando unas huellas profundas—. Sin herraduras. Son ellos.

—¿Cuántos? —preguntó el Tuerto.

—Diez. Quizá doce. Van en dirección al Ingre. Llevan prisa.

Dos Flechas se puso de pie, tensando su arco.

—¿Los seguimos?

—No —cortó Berschon—. Nuestra misión es llegar a La Concepción. No busquemos pelea antes de tiempo.

El joven converso apretó la mandíbula, pero obedeció. Todavía tenía el ansia del *kereimba* en la sangre, esa que pedía gloria y cicatrices. No sabía que en aquel viaje, la gloria olía a podrido.

Comieron tasajo duro y galleta de maíz en silencio. El Tuerto se apartó un momento y se sentó sobre una piedra, mirando el horizonte. Nadie le preguntó qué miraba. En la manta deslucida y las botas gastadas llevaba escrita su historia: un soldado que había matado tanto que ya solo veía la mitad de las cosas.

A media tarde reanudaron la marcha. El paisaje cambió: los árboles se espaciaron y el suelo se volvió un mar de arbustos espinosos y cactus de brazos retorcidos. El viento soplaba del este, trayendo un olor a humo lejano, a cosa quemada.

—Es el Ingre —dijo Oreja Parada—. Huele a muerto.

Nadie respondió. El sol empezó a caer, tiñendo el cielo de un rojo sucio, como una herida que no termina de cerrar. Las sombras se alargaron y el monte se llenó de sonidos: el canto de las charatas, el zumbido de los mosquitos, el crujir de las ramas secas bajo los cascos de las mulas.

Al tercer día, el monte dejó de ser camino.

Se volvió trampa.

El sol ya estaba bajo cuando el monte empezó a cerrarse de golpe.

Más bajo.

Más cerca.

Como si el aire mismo hubiera aprendido a esconder cosas.

De pronto, un silencio. Un silencio chaqueño, de esos que no son ausencia de ruido sino presencia de algo que acecha. Yasi levantó la cabeza, como un perro que huele al puma. Oreja Parada se llevó la mano al machete. Dos Flechas amartilló su arco.

Y entonces lo vieron.

Un vigía.

Una figura entre quebrachos, quieta lo justo para no ser sombra.

Berschon no dudó.

—Ese nos vio —dijo—. Y ya nos contó.

El silencio se tensó.

—Si lo dejamos ir —murmuró Oreja Parada—, mañana no habrá camino. Habrá emboscada.

El alemán asintió apenas.

—Se termina acá.

No levantó la voz.

No hizo discurso.

Solo bajó la mano.

—Lo traen.

Dos Flechas salió primero.

Como si lo hubiera estado esperando desde antes.

El vigía reaccionó en el mismo instante.

Se metió entre los árboles.

Desapareció.

—¡Ahora! —escupió Francisco.

Y la columna se quebró.

El monte los tragó en desorden.

Ramas en la cara.

Espinas en la ropa.

El suelo irregular, suelto, vivo.

El vigía no corría: conocía.

Cada tanto aparecía.

Un segundo.

Una silueta.

Después nada.

—¡No lo pierdan! —grito el Tuerto.

La persecución se volvió silencio pesado.

Solo respiración.

Solo pisadas.

Solo monte.

Dos Flechas iba adelante de todos.

Demasiado adelante.

Con esa rabia limpia del que no acepta perder.

—¡Se nos va al río! —gritó Oreja Parada.

El terreno abrió de golpe.

Una bajada seca.

Más allá, un cauce.

Y el vigía ya del otro lado.

Demasiado lejos.

Demasiado limpio.

Imposible.

—¡Alto! —ordenó Francisco.

La palabra cayó como piedra.

Y así frenó.

Oreja Parada también.

—Se acabó —dijo Francisco—. Si seguimos, nos mete en trampa.

Uno a uno se detuvieron.

Menos Dos Flechas.

Que siguió.

Un paso.

Dos.

—¡Te dije alto! —gritó Francisco.

Nada.

Dos Flechas se lanzó cuesta abajo. El vigía ya cruzaba el cauce.

El Tuerto, que había bordeado por la izquierda, le cortó el paso. —Pará.

Dos Flechas no paró.

Siguió.

Lo miró.

Como se mira lo inevitable cuando todavía tiene forma de hombre.

—Está bien —dijo.

La voz no subió.

No bajó.

Solo cortó.

Dos Flechas alcanzó a girar apenas la cabeza.

Y ahí lo detuvieron.

No el monte.

No el enemigo.

El golpe fue seco.

Corto.

De oficio.

En el costado de la cara.

Lo justo para romper la carrera y tirar el cuerpo.

Cayó medio doblado.

El polvo levantó. El arco rodó.

Silencio.

Del otro lado del río, el vigía ya no estaba.

Solo monte.

Solo distancia.

Solo advertencia.

El Tuerto no lo miró caer.

Ya estaba volviendo.

—Acá no se corre solo —dijo, de costado—. Ni aunque creas que lo estás haciendo bien.

Y así lo esperaba. Asintió una vez.

Dos Flechas se levantó solo, se sacudió el polvo, y los alcanzó en silencio.

Y siguieron.

Como si el monte, por fin, les hubiera enseñado el primer precio del viaje.

Capítulo 5: La Colina de la Piedra Fría

La noche antes de llegar al Ingre, acamparon en un recodo del río Pilaya.

El fuego fue pequeño. No querían que se viera desde lejos. Las llamas apenas alcanzaban a calentar el fondo de una olla de cobre donde cocían tasajo y galleta de maíz. El agua del río era turbia, con un gusto a tierra que no se iba ni con vino.

Las mulas estaban inquietas. Dos Flechas las había atado a un algarrobo, pero tiraban de las riendas, orejas gachas, hocicos apuntando al este.

—Huelen algo —dijo Oreja Parada, escupiendo un hilo de tabaco negro al fuego—. Los animales siempre huelen antes que nosotros.

—Huelen la muerte —dijo el Tuerto. La voz le salió ronca.

El silencio se instaló. El fuego crepitó. Una lechuza cantó en la oscuridad, ese sonido que parece un aviso y nunca se sabe de qué.

Fue Dos Flechas quien rompió el silencio.

—Podrían explicarme qué hacemos aquí —dijo, sin levantar la vista del tasajo que masticaba—. No tiene sentido un solo hombre no vale siete.

Oreja Parada lo miró de reojo. La cicatriz que le cruzaba la ceja se le frunció como una víbora.

—Ese "uno solo" es un misionero. Los misioneros salvan almas.

—Las almas no pagan cuchillos —respondió Dos Flechas, mirando el machete nuevo que Berschon le había dado a Oreja Parada—. Y yo no he visto ni un alma en este viaje. Solo espinas, mosquitos y un calor que no se aguanta ni a la sombra.

—Ustedes siempre se quejan —intervino Francisco, el asturiano, sin dejar de remover la olla—. Los indios, digo. Si no es por la comida, es por el calor. Si no es por el calor, es por las mulas. Si no es por las mulas, es por la paga.

Dos Flechas lo miró fijo.

—Usted nunca se queja, don Francisco. ¿Por qué?

El asturiano dejó la cuchara de palo apoyada en el borde de la olla. Se limpió las manos en el pantalón.

—Hay cadena de mando —dijo—. Usted se queja conmigo. Yo me quejo con el padre Berschon. Él se queja con Dios. Y Dios, hasta ahora, no me ha dado la razón ni una sola vez.

Oreja Parada se rió. Una risa seca, corta, que se le ahogó en la garganta.

A la mañana siguiente, el sol salió con una luz clara del amanecer chaqueño. Era una luz sucia, amarillenta, que se filtraba entre las nubes. Los pájaros no cantaron. Los mosquitos no zumbaron. Solo el viento soplaba del este.

Después de tres jornadas de monte cerrado, de sed y de silencio, el paisaje se abrió de golpe como una herida.

La Misión de la Concepción, situada en el Valle del Ingre está ahí.

Los quebrachos dieron paso a un valle angosto, encajonado entre lomas de piedra caliza que brillaban al sol como lomos de animal muerto. El río Pilaya, reducido a un hilo de agua barrosa, serpenteaba entre pedregales blancos. Y al fondo, recortada contra el cielo sucio de calor, la silueta de la misión de La Concepción.

O lo que quedaba de ella.

El Padre Joseph Pons fue el primero en verla. Tiró de las riendas de su mula y se quedó inmóvil, con la boca abierta y los ojos fijos en aquel esqueleto de adobe y madera quemada. No dijo nada. No hacía falta. El viento traía un olor dulzón, empalagoso, que se pegaba a la garganta. Olor a cosa muerta, a carne que el sol ha estado cocinando durante días.

—Dios nos ampare —murmuró don Francisco, santiguándose con torpeza, la escopeta colgándole floja del brazo.

Ysidoro de Araya, no se santiguó. No era hombre de gestos. Se limitó a escupir el tabaco negro, pasarse el dorso de la mano por la boca, y clavar el ojo bueno en la misión destruida. Había visto pueblos arrasados en Calchaquí. Sabía lo que significaba ese silencio. No era vacío. Era la resaca de la violencia, el eco mudo de los gritos que ya se habían apagado.

Yasi, el chané mudo, señaló hacia una colina baja, a la derecha de la misión. Una loma de piedra caliza, desnuda de vegetación, que brillaba con un blancor cegador bajo el sol del mediodía. En la cima, algo oscuro se recortaba contra el cielo. Algo que no era una roca.

—Es allí —dijo Oreja Parada, con la voz ronca—. Allí hay algo.

El Padre Antonio Berschon picó a su mula y avanzó sin esperar a los demás. Su espalda recta, su cabeza alta, parecía un soldado marchando hacia una trinchera. Pons lo siguió, aunque sus manos temblaban sobre las riendas. El resto de la partida se puso en marcha detrás, en silencio, como una procesión de ánimas.

Atravesaron lo que había sido la plaza de la misión.

Las mulas no quisieron avanzar al principio.

Resoplaron.

Clavaron las patas.

Las chozas de los neófitos eran escombros ennegrecidos. La capilla, sin puertas, mostraba un interior saqueado: el altar volcado, los bancos hechos astillas, y en la pared del fondo, un Cristo de madera con una flecha clavada en el costado, justo donde Longinos metió la lanza. La imagen tenía los ojos pintados mirando al cielo, pero ahora parecía mirar a los recién llegados con un reproche mudo.

—Bárbaros —masculló don Francisco—. No respetaron ni al Hijo de Dios.

—Lo respetaron a su manera —dijo Oreja Parada, sin volverse—. Le clavaron una flecha como a un guerrero.

El asturiano iba a responder, pero Berschon lo atajó con un gesto.

—No discutan. No aquí.

Dos Flechas, que todavía tenía la cara hinchada del golpe del día anterior, apretó la mandíbula.

—Los kereimba no dejan testigos. Si él está vivo, lo tienen cautivo.

Oreja Parada negó con la cabeza.

Berschon salió de la iglesia con la cara blanca. Se limpió las manos en la sotana, aunque no tenían nada.

—Hay que buscar el cuerpo —dijo. La voz le salió ronca, como si hubiera estado gritando en silencio.

—¿Cuerpo? —preguntó Francisco, el asturiano. Se había quedado afuera, junto a las mulas, con la escopeta apoyada en el hombro—. ¿De quién?

Berschon lo miró. Por un segundo, el alemán pareció estar eligiendo las palabras. Después dejó de elegir.

—Del padre Lizardi.

El silencio que siguió fue distinto a los otros. No era el silencio del monte. Era el silencio de los hombres que acaban de entender que han cabalgado cuatro días bajo el sol en peligro para rescatar a un muerto.

Francisco se quedó quieto. Muy quieto. La escopeta no se movió.

—¿Usted sabía?

Berschon no respondió.

—¿Desde cuándo? —preguntó el asturiano. La voz no subió. No hizo falta.

—Desde el principio.

Francisco se quitó el sombrero. Se pasó la mano por la frente. Sudor. Polvo. Sangre seca de un corte que ni siquiera recordaba.

—Nos habéis traído a recoger carroña.

—Un santo y los Marqueses te mandaron sabiendo eso —dijo Berschon firme, con voz de orden y los pies plantados en la tierra quemada.

El Tuerto los escuchó desde la puerta de la iglesia.

No se movió.

No dijo nada.

Su mano derecha estaba apoyada en el marco de madera chamuscada. Los dedos negros de hollín. El facón le golpeaba el muslo con un peso que nunca antes había sentido.

Dio la vuelta a la capilla.

Los otros lo siguieron a distancia. Yasi, el mudo, iba detrás, con los ojos fijos en el suelo buscando huellas. Oreja Parada, con la mano en el machete. Dos Flechas, con el arco tensado aunque no había nada que flechar.

Detrás de la iglesia, el terreno subía. Una colina baja, de piedra caliza, pelada como una rodilla. No crecía nada ahí. Ni pasto. Ni espinas. Solo piedras grises, filosas, que cortaban las suelas de las botas.

Subieron la colina en fila india, con las mulas resoplando por la pendiente. El olor se hacía más fuerte a cada paso, más denso, más íntimo. Las moscas zumbaban en el aire caliente, un zumbido continuo y espeso que parecía salir de la tierra misma. Yasi ya iba delante, con la cabeza baja, como si oliera el camino. El Tuerto lo seguía de cerca, con la mano en el facón.

Cuando llegaron a la cima, Pons vomitó.

No fue un gesto de debilidad. Fue el cuerpo diciendo lo que la boca no podía. El joven jesuita se dobló sobre sí mismo, apoyado en una piedra, y vació el estómago con arcadas secas que le sacudieron todo el cuerpo. Nadie dijo nada. Nadie lo miró con desprecio. Todos estaban ocupados mirando lo mismo.

El cuerpo del Padre Julián de Lizardi estaba allí, sentado sobre una piedra plana, con la espalda apoyada contra un saliente de roca. O más bien, lo que quedaba de él.

Lo habían desnudado. La sotana negra, hecha jirones, yacía a un costado, junto a un breviario abierto cuyas páginas el viento había estado pasando durante días, como un lector invisible buscando un pasaje. El torso del vasco, blanco como el mármol de las iglesias de Potosí, estaba acribillado a flechazos. No eran una o dos. Eran tantas que costaba contarlas. Las puntas de palometa sobresalían del pecho, del vientre, de los muslos, como una cosecha macabra de tallos de hueso. Algunas se habían quebrado; otras permanecían enteras, vibrando ligeramente con el viento.

Pero lo peor no eran las flechas. Lo peor era la cara.

O la falta de ella.

Le habían arrancado la mandíbula inferior. Un tajo limpio, de arriba abajo, dejaba al descubierto la lengua hinchada y negra, los dientes superiores rotos, el paladar seco como cuero viejo. El maxilar inferior, desde el mentón hasta la articulación, había sido separado del cráneo con la precisión de quien sabe lo que hace. Un trofeo de guerra. Un schap. Un amuleto para llamar a la lluvia.

Los dedos de los pies también faltaban. Los más pequeños, los que no servían para caminar pero sí para la magia de los Mbaekuaá. Se los habían llevado. Eran reliquias ahora, repartidas entre las malokas del Ingre, guardadas en bolsitas de cuero junto a dientes de jaguar y plumas de buitre.

Y sin embargo, a pesar de todo, el rostro mutilado conservaba una expresión que helaba la sangre. La frente, surcada de arrugas, parecía la de un hombre que acaba

de resolver un problema difícil. Los labios, o lo que quedaba de ellos, esbozaban algo que podía ser una sonrisa. Una sonrisa mansa, sin rencor, como si el vasco terco hubiera encontrado por fin la respuesta a todas sus preguntas y esa respuesta fuera el silencio.

Pons se incorporó, lívido, limpiándose la boca con la manga de la sotana.

—Perdón, Padre —dijo, sin saber si hablaba con Berschon o con el muerto—. No... no pude.

—No hay nada que perdonar —respondió Berschon, sin apartar la vista del cadáver—. Es la reacción de un hombre vivo ante el misterio de la muerte.

El alemán se arrodilló junto al cuerpo y empezó a rezar en latín, con una voz monótona y firme que contrastaba con el zumbido de las moscas. Requiem aeternam dona ei, Domine... Pons lo imitó, arrodillándose a su lado, aunque sus labios apenas se movían.

El Tuerto no se arrodilló. Se quedó de pie, a unos pasos, mirando el cadáver con su ojo bueno. No había asco en su mirada. Tampoco piedad. Era la mirada de un hombre que ha visto muchos muertos y que ya no se sorprende de las formas que adopta la muerte.

—Así que era esto —dijo, con esa voz de piedra de moler—. Un mártir. Vinimos a buscar un cuerpo. Bueno ahora debemos darnos prisa.

Berschon interrumpió el rezo, el alemán se santiguó y lo miró.

Don Francisco se había quedado rezagado, con la escopeta apoyada en el suelo y la cara blanca como la cal. No era un hombre impresionable; había visto matarifes en el matadero de San Lorenzo, había visto indios ajusticiados en la plaza de Tarija. Pero aquello era distinto. Aquello era la muerte convertida en espectáculo, en mensaje. Y el mensaje era claro: no vuelvan.

—¿Y cómo piensa llevarse eso? —preguntó el asturiano, señalando con la barbilla el cadáver—.

Berschon se puso de pie, sacudiéndose el polvo de las rodilleras.

—En una mula. En un cajón. Como sea.

El Tuerto se quedó mirando el cuerpo.

El sol empezaba a bajar. La luz se volvía naranja, densa, como si el aire estuviera lleno de polvo de ladrillo. Las sombras se alargaban. Los buitres, que habían estado esperando en los árboles muertos, empezaron a volar en círculos más bajos.

Nadie habló.

Nadie preguntó si valía la pena.

Un silencio espeso cayó sobre la colina. Hasta las moscas parecieron callar por un instante.

Dos Flechas con el arco flojo, la cara hinchada y los ojos vacíos y Oreja Parada que no parecía impresionado por que ya había visto demasiados muertos en sus años de frontera, se habían mantenido al margen, junto a Yasi. El joven converso miraba el cuerpo con una mezcla de fascinación y terror. Nunca había visto un muerto tan de cerca. Los kereimba de su antigua tribu hablaban de las cabezas-trofeo, de los huesos de los enemigos que se guardaban en tinajas. Pero ahora él ya eso lo veía diferente.

—¿Cómo dice? —preguntó don Francisco, incrédulo.

—Que lo limpiaremos y lo llevaremos.

En todo eso, el tuerto, no se movía. Sus ojos de animal viejo miraron a otro lado, hacia el monte, hacia el este, de donde habían venido los atacantes. Ajustaba su vista, sin sonido. Pero el Pons lo entendió.

—Dice que nos vayamos —tradujo, aunque el Tuerto no había dicho palabra—. Que los que hicieron esto pueden volver.

Berschon asintió.

—Lo haremos. Pero primero, lo necesario.

El alemán dio las instrucciones con la eficacia de un capataz de hacienda. Ordenó a Pons que buscara agua en el río, la poca que quedaba. A don Francisco le encargó que preparara un lienzo limpio, el que traían para vendar heridas. A Dos Flechas y a Oreja Parada les mandó recoger leña seca para un fuego. Y al Tuerto y a Yasi les pidió que montaran guardia en la base de la colina, por si los chiriguanos volvían.

—¿Y usted, Padre? —preguntó Pons, con la voz todavía temblorosa.

—Yo me quedaré aquí. Con él. Hasta que esté todo listo.

El joven jesuita asintió y bajó la colina con los demás, agradecido de alejarse de aquel espectáculo. El Tuerto fue el último en irse.

Arriba, en la cima, Berschon se quedó solo con el cadáver. El sol empezaba a caer, tiñendo el cielo de un rojo sucio, el mismo rojo de todas las tardes en el Chaco. El alemán se arrodilló de nuevo junto al cuerpo y, por primera vez desde que llegaron,

dejó que su rostro mostrara algo que no era firmeza. Cansancio. O quizá tristeza. O quizá las dos cosas.

—Julián... —y continuó murmurando.

No en español.

En latín.

Bajo.

Casi sin voz.

Sus ojos recorrieron las heridas.

Una por una.

Como si las contara.

Como si cada una dijera algo.

—Testis... —susurró—. Testis veritatis.

Cerró los ojos un instante.

Respiró.

Cuando los abrió, ya no miraba a un hombre.

Miraba otra cosa.

—No fue en vano —dijo, apenas, tocándole el hombro.

Berschon bajó la cabeza.

Abajo, junto al río seco, Pons llenaba las botas de agua barrosa y rezaba en silencio, sin saber muy bien por qué ni para quién. Don Francisco contaba las balas de la escopeta, una y otra vez, como si ese gesto mecánico le devolviera el control. Dos Flechas recogía leña con furia, descargando en cada rama rota la impotencia de no haber podido hacer nada. Oreja Parada afilaba su machete, pacientemente, con un chsss-chsss que era lo único que rompía el silencio del valle.

Y Yasi, el mudo, miraba hacia el este, hacia el monte cerrado, hacia la Tierra Sin Mal de donde habían venido los Aña del Ingre. Sus ojos de animal viejo veían lo que los demás no podían ver: las sombras que se movían entre los árboles, los destellos de las puntas de palometa, los cuerpos pintados de huito que esperaban, pacientes, a que la noche cayera del todo.

El chané frunció su frente de nuevo. Esta vez más fuerte. Y el Tuerto, que estaba a su lado, apoyó la mano en el facón y supo, sin necesidad de palabras, que la noche iba a ser larga.

Capítulo 6: La Noche de los Aña

Bajaron el cuerpo al anochecer.

La parihuela era tosca: dos ramas de quebracho atadas con tiras de cuero, la capa terciada gastada extendida encima. El peso del muerto se había vuelto un animal tieso que no ayudaba. Cada paso costaba. Las mulas no querían cargarlo. Hubo que atar la parihuela a la más vieja, la tordilla, que ya no tenía fuerzas para resistirse.

El Tuerto iba adelante junto Yasi.

No le gustaba ir adelante. Pero necesitaba sentir que tenía el control.

La noche cayó sin luna.

El monte se volvió una pared negra.

Sin luna, sin estrellas. Una oscuridad que se metía en los ojos como tierra.

—Apaguen todo —dijo Berschon.

Ya no había nada que apagar. El último resplandor del sol se había muerto detrás de los cerros. Solo quedaba el olfato y el oído. Y el miedo, que también se siente.

Dos Flechas iba en la retaguardia, con el arco tensado y los dedos sangrando de tanto apretar la cuerda. Tenía la cara hinchada, pero eso no le cerraba los ojos. Miraba atrás. Cada dos pasos. Cada crujido de rama.

—No me gusta —murmuró.

—A mí tampoco —dijo Oreja Parada, escupiendo al suelo—. Pero aquí estamos.

El asturiano iba al lado de la mula, con la escopeta terciada y la mano en el gatillo. No servía de nada. En la oscuridad, la pólvora solo sirve para iluminar el susto de tu propia cara.

Yasi levantó la mano.

Fue Oreja Parada quien rompió el silencio con un murmullo áspero.

—Vienen.

El viejo chiriguano tenía el oído entrenado para distinguir el roce de una rama quebrada por un pie humano del roce de una rama quebrada por el viento. Y ese sonido, apenas un crujido a treinta pasos colina abajo, era de los primeros.

Arraya no dijo nada. Sacó la pistola de la funda. La había cargado antes de bajar la colina. Era de una bala. Metralla. Pólvora. Todo apretado a presión. Un solo tiro. Después, el facón, hasta volverla a cargar.

—Si disparas navarro —dijo Francisco—, nos descubren.

—Si no disparo —respondió el Tuerto —, nos matan igual.

El primer grito no fue de ellos.

Fue un chillido corto, seco. Una lechuza. Pero las lechuzas no chillan así. Las lechuzas avisan. Eso fue un aviso.

—¡Al suelo! —rugió el Tuerto.

Las flechas llegaron desde tres direcciones.

No se vieron. Se oyeron. Ese silbido filoso que corta el aire un instante antes de clavarse en algo. La primera se clavó en el lomo de la mula tordilla. El animal relinchó, se alzó de manos, y la parihuela se fue al suelo.

El cuerpo de Lizardi rodó entre las piedras. La cabeza golpeó una roca. El sonido fue húmedo, blando. Algo que ya no tenía dolor.

—¡El cuerpo! —gritó Pons— ¡El cuerpo!

Y se tiró al suelo, a oscuras, buscando las ramas de la parihuela.

Arraya no lo miró.

Ya estaba agachado, buscando el fogonazo de los arcos. No había fogonazos. Los chiriguanos no usaban pólvora. Solo sombras que se movían entre los árboles, cada vez más cerca.

Disparó a ciegas. La pistola escupió fuego y humo. El estallido reventó la noche como un látigo. Por un segundo, la luz del fogonazo iluminó el monte: tres figuras pintadas de negro, agachadas, arcos tensados. Después, todo volvió a ser oscuridad.

Un grito. No era de ellos. Un chiriguano cayó.

—¡Uno menos! —gritó Dos Flechas.

Y soltó su primera flecha. Y la segunda. Y la tercera. Las sombras se movían demasiado rápido. No supo si dio en algo.

Berschon se deslizó hasta Francisco, con la pistola de chispa amartillada.

—No te olvides que la pólvora es nuestra única ventaja. Si la gastamos antes de tiempo, estamos muertos.

Don Francisco se había parapetado detrás de una roca grande, con la escopeta apoyada en una hendidura. Sus manos no temblaban. Había participado en escaramuzas contra los tobos del Pilcomayo y sabía que el miedo era un lujo que solo podía permitirse después de la pelea.

—¿De dónde vienen? —gritó, con la escopeta apretada contra el pecho.

Nadie respondió. Porque nadie lo sabía.

Los chiriguano estaban en las sombras, fundidos con el monte, invisibles como los *Aña* que les daban nombre.

El caos se desató como un caballo desbocado.

Nadie daba órdenes porque nadie podía oírse. Las mulas se encabritaban, tirando de las riendas, arrastrando a Oreja Parada, que maldecía en chiriguano y español al mismo tiempo. Pons forcejeaba con la parihuela, solo, porque los demás estaban ocupados en no morir. Yasi había desaparecido. No se veía. No se oía.

—¡Yasi! —gritó Francisco.

Nadie respondió.

Una flecha pasó rozando la oreja de Arraya. Sintió el viento caliente. Se tiró al suelo, rodó, y cuando levantó la cabeza, tenía a Dos Flechas a su lado.

—Se llevaron la mula —dijo el joven—. La tordilla. Se la llevaron.

—¿Y el cuerpo?

—En el suelo. Pons lo cubre.

Arraya miró hacia atrás. Pons estaba arrodillado sobre la parihuela, con los brazos abiertos, tapando el cadáver como si fuera su propia madre. Una silueta negra contra el suelo gris.

—Ese cura está loco —dijo Arraya.

—O santo —dijo Dos Flechas.

—No hay diferencia.

Las flechas dejaron de silbar.

El silencio volvió. Pero no era el silencio de antes. Era el silencio de los cazadores que ya tienen a la presa en el cerco y solo esperan el momento para apretar.

Oreja Parada logró calmar a las mulas. Las ató a un algarrobo. Respiraba con la boca abierta, como un perro después de correr.

—Nos van a matar uno por uno —dijo—. Así cazan ellos. Primero a los flacos, después a los viejos, después a los que no corren.

—¿Y después? —preguntó Francisco.

—Después, a los que corren.

Arraya recargó la pistola. Dedo a dedo. Pólvora, bala, metralla. Todo a oscuras. A tientas. La muerte se aprende a tientas.

—Hay que salir del cerco —dijo—. Yasi, ¿dónde está Yasi?

El mudo apareció de la nada. Como si la oscuridad lo hubiera parido. Se puso delante de Arraya, señaló hacia el este, negó con la cabeza. Señaló hacia el oeste, asintió.

—Por ahí —dijo el Tuerto—. Dice que por ahí hay un sendero.

—¿Cómo sabe? —preguntó Pons, sin levantar la cabeza del cadáver.

Yasi no respondió. Porque Yasi no hablaba. Pero sus ojos habían visto ese sendero antes. En otro viaje. En otra vida. Cuando todavía era un hombre del monte y no un sirviente de curas.

Se movieron en formación.

Arraya adelante, con la pistola en una mano y el facón en la otra. Yasi pegado a él, señalando el camino con gestos que nadie veía pero todos seguían. Francisco cerraba la retaguardia, con la escopeta apuntando atrás. Dos Flechas y Oreja Parada a los costados, arcos tensados. En el medio, Pons y la mula con el cuerpo.

El sendero era angosto. Una huella de animales, medio borrada, que subía y bajaba entre los árboles. Las ramas golpeaban las caras. Las espinas enganchaban la ropa. Nadie se quejaba. Las quejas gastan aire.

A los pocos pasos, el sendero se perdió.

—¿Y ahora? —preguntó Francisco.

Yasi se agachó. Tocó el suelo. Pasó los dedos por la tierra. Olfateó. No era teatro. Era supervivencia.

—Por aquí —dijo el Tuerto, traduciendo el gesto.

—¿Seguro?

—No. Pero es lo que hay.
Las flechas volvieron a silbar.

Esta vez, no vinieron de atrás. Vinieron de adelante. De los costados. De todos lados. Una se clavó en el costado de la mula. El animal no relinchó. Cayó en silencio, como si la muerte también se aprendiera a silencio.

La parihuela se fue al suelo otra vez.

Pons gritó. No una palabra. Un grito. Un sonido de animal herido.

—¡Arriba! —gritó Arraya— ¡Arriba, Dios!

Levantó la parihuela él solo. Las ramas de quebracho se clavaron en sus hombros. El peso del muerto le dobló la espalda.

—¡Ayúdenlo! —gritó Francisco.

Oreja Parada dejó el arco y agarró la parihuela del otro lado. Entre los dos, la levantaron. Pons se puso detrás, empujando.

Don Francisco disparó la escopeta hacia un destello que había visto entre los árboles. El fogonazo iluminó la colina por un instante, revelando siluetas agachadas que se deslizaban entre las piedras. El tiro de perdigones arrancó gritos del otro lado. Pero no detuvo el ataque.

—¡Apunten a las sombras! —gritó Berschon—. ¡No disparen a ciegas!

—¡Corran! —gritó Arraya.

No sabía hacia dónde. Solo sabía que había que moverse. Pararse era morir.
Dos Flechas se quedó atrás.

No fue una decisión. Fue un accidente. Una piedra en el camino. Un traspíe. Un segundo de retraso. Cuando quiso alcanzarlos, los demás ya estaban a veinte varas.

—¡Esperen! —gritó.

Nadie lo oyó.

Las sombras salieron de entre los árboles. Tres. Cinco. Ocho. Pintados de negro, con los dientes blancos brillando en la oscuridad.

Dos Flechas no corrió hacia ellos. Corrió hacia un costado. Se metió entre los matorrales. Rodó por el suelo. Se quedó quieto.

Muy quieto.

Contuvo la respiración.
Las sombras pasaron de largo.

Casi.

Uno de ellos, el más grande, con un tocado de plumas de guacamayo, se detuvo a dos pasos. Olfateó el aire. Miró hacia donde estaba Dos Flechas.

El joven converso no se movió.

Tenía la herida del costado sangrando. Un flechazo de la primera andanada. No la había sentido hasta ahora. El dolor le subía por el costado como un alambre caliente.

La sombra se acercó.

Dos Flechas apretó los dientes.

No tenía arco. Se le había caído en la carrera. Solo le quedaba el cuchillo. Un facón corto, de hoja ancha. El mismo que le habían dado los jesuitas cuando lo bautizaron.

La sombra se inclinó sobre él. Le dio la vuelta con el pie para verle la cara. El converso estaba inmóvil, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, de la que manaba un hilo de sangre negra. Parecía muerto. El chiriguano gruñó algo en su lengua y se volvió hacia su compañero, relajando la guardia.

Dos Flechas no respiró.

La sombra alargó la mano. Iba a tocarle la cara.

Entonces Dos Flechas abrió los ojos.

Se movió.

No fue un ataque. Fue una explosión. Se incorporó de un salto, metió el facón en la garganta de la sombra y lo giró. Una vez. Dos veces. La sangre caliente le chorreó por la mano.

El chiriguano cayó sin hacer ruido.

Pero los otros lo vieron.

Gritaron. No era un grito de dolor. Era un grito de cacería. *Lo tenemos. No escapa.*

Y dieron vuelta.

Dos Flechas corrió.

No hacia los suyos. No podía alcanzarlos. Corrió hacia el monte cerrado, hacia adentro, donde los árboles eran más oscuros y las ramas más bajas. Si lograba meterse lo suficiente, tal vez ellos se perderían. Tal vez ellos lo seguirían a él y dejarían ir a los otros.

Era una esperanza tonta. Lo sabía.

Pero era la única que tenía.

Las sombras lo siguieron.

Se oyeron las pisadas. Los jadeos. El crujir de las ramas.

Dos chiriguanos se acercaron primero a Dos Flechas. Uno de ellos llevaba una macana de quebracho con el extremo tallado en forma de hacha. El otro, un cuchillo de palometa.

El primer chiriguano saltó sobre Dos Flechas, el joven converso lo agarró y con su pie logró lanzarlo para un costado.

El segundo chiriguano levantó la macana, pero Dos Flechas ya estaba de pie, tambaleándose, con el cuchillo ensangrentado en la mano. Se miraron un instante. El guerrero del Ingre, pintado de huito, con los ojos brillantes de furia. El joven converso, con dos flechas clavadas en el cuerpo y una sonrisa manchada de sangre.

—*Aña* —escupió el chiriguano.

—*Kereimba* —respondió Dos Flechas.

Y se lanzó sobre él.

El chiriguano descargó la macana. El golpe le destrozó el hombro a Dos Flechas, haciéndole soltar el cuchillo. Pero el joven converso ya no necesitaba armas. Se abrazó al guerrero con la fuerza de la desesperación, arrastrándolo. Pero una flecha llegó desde la derecha. Le entró por el costado, justo debajo de las costillas, y le atravesó el pulmón. El joven converso soltó al rival, se llevó las manos al pecho, y cayó de rodillas. Un hilo de sangre negra le brotó de la boca.

Arraya no supo que Dos Flechas había muerto hasta que llegaron al río.

Miró atrás. Contó las sombras que lo seguían. Cinco. Francisco, Oreja Parada, Pons, Yasi... faltaba uno.

—¿Y Dos Flechas? —preguntó Pons, con la voz temblorosa—.

Nadie respondió.

—¿Dónde está Dos Flechas? —gritó.

Oreja Parada bajó la cabeza. Francisco se santiguó. Yasi siguió caminando.

—Se quedó atrás —dijo Pons. La voz le salió rota—. Nos cubrió.

Berschon vaciló. Por primera vez en toda la noche, su rostro mostró una emoción que no era control. Duda. O quizá vergüenza.

—Lo dejamos.

—Pero...

—¡No hay pero, Joseph! ¡O salimos vivos ahora o no salimos nunca!

Arraya quiso volver. Dio un paso. Otro.

Yasi se paró delante de él. No dijo nada. Solo lo miró.

El mudo tenía los ojos llenos de algo que no era lágrimas. Era rabia. Era hambre. Era la misma mirada que habían tenido los chiriguanos en la colina.

—No —dijo el Tuerto. Pero no sabía si se lo decía a Yasi o a sí mismo.

Yasi negó con la cabeza.

No vuelvas. Ya no sirve.

Atravesaron el río Pilaya por un vado que Yasi encontró a tientas. El agua les llegaba a la cintura. Fría. Turbia. La corriente tiraba de la parihuela, tratando de llevarse el cuerpo.

Pons se aferró a las ramas con la fuerza de un hombre que se ahoga.

—No lo suelten —gritó—. ¡No lo suelten!

Nadie iba a soltarlo. No después de todo lo que habían pasado.

Al otro lado del río, el monte se abrió. Un claro. Estrellas. La primera luz de la luna, que asomaba entre las nubes.

Arraya se dejó caer en el suelo. La parihuela golpeó la tierra. El cuerpo de Lizardi se movió un poco, como si todavía pudiera quejarse.

Respiraron.

Nadie habló.

Francisco contó las balas que le quedaban. Oreja Parada se ató un trapo en el brazo, donde una flecha le había arrancado un tajo de carne. Pons se arrodilló junto al cadáver y empezó a rezar en voz baja.

Yasi se quedó de pie, mirando hacia atrás, hacia el río, hacia la oscuridad del monte.

Arraya se acercó a él.

—¿Volverán? —preguntó.

Yasi asintió.

Una vez. Despacio.

—¿Cuánto tiempo?

El mudo se agachó y dibujó medio sol.

Horas. Tenían hasta el amanecer.

Arraya se puso de pie. Las piernas le temblaban. El hombro derecho, donde había cargado la parihuela, le ardía como si estuviera en llamas.

—Entonces caminemos —dijo.

Yasi ya estaba adelante. Buscando el rastro. Buscando la salida. Buscando algo que los demás no podían ver.

El Tuerto lo siguió.

Los otros también.

Atrás quedaba la colina de la piedra fría. Atrás quedaba Dos Flechas. Atrás quedaba algo que ninguno de ellos iba a nombrar nunca más.

Pero el cuerpo seguía con ellos. Pesado. Tieso.

Y recién comenzaban su regreso.

Capítulo 7: Los Huesos del Mbaekuaá

Los guerreros de Angaypá regresaron a la maloka con el sol saliendo, cuando las mujeres comenzaban a tejer a la sombra y los perros dormitaban junto al fogón. No volvieron todos. Faltaban tres: uno que cayó en el río por el tiro del navarro; otro, degollado por Dos Flechas en la emboscada; y el último, el que el mudo Yasi abrió de lado para hacer camino cuando intentaron rodearlos. Las ausencias se notaban. Pesaban.

Angaypá arrojó sus flechas al suelo.

Delante estaba Yaguaró y el Consejo de Ancianos con los trofeos. La mandíbula de Lizardi, blanca y descarnada, con los dientes rotos lo tenían colgando. Los dedos de los pies, envueltos en una bolsita de cuero, los tenían distribuidos entre ellos.

—Los Aba-Caraí huyeron —dijo Angaypá, con la voz ronca de polvo y rabia—. Se llevaron el cuerpo del Mbaekuaá como hormigas cargando su hoja. Son pocos. Están heridos. No llegarán lejos.

Ñaupá, el viejo ciego, alzó la cabeza. Sus ojos blancos parecían mirar a través de la carne, hacia el mundo de los Aña.

—No es un muerto cualquiera —dijo, con esa voz de raíces viejas—. Es un Mbaekuaá. Su magia no se apaga con la flecha. Si se llevan sus huesos, se llevan el poder de la lluvia, del rayo, del trueno. Se llevan lo que era nuestro por derecho de guerra.

Un murmullo recorrió la maloka. Los kereimba más jóvenes se miraron, inquietos. Las mujeres apartaron a los niños.

Yaguaró se puso de pie. No habló de inmediato. Miró la mandíbula colgando. La recogió, la sopesó. Luego se la guardó en la faja.

—Ve con los más rápidos —dijo, con la voz de puma que tenía—. No duerman. No coman. Y no vuelvan sin los huesos del Mbaekuaá.

Angaypá asintió. Eligió a cinco kereimba de entre los que aún tenían aliento. Los más jóvenes. Los más hambrientos. Los que no habían probado sangre en la noche anterior.

—Traigan los huesos —les dijo Yaguaró—. O no vuelvan.

Los cinco guerreros se pintaron el rostro con huito fresco, tomaron agua del cántaro, y partieron hacia el río Pilaya antes de que el sol llegara al centro del cielo.

Cuando amaneció sobre el Pilaya fue con una luz sucia, color ceniza.

Los pájaros cantaban. Cantaban avisando.
No habían dormido.

Habían seguido caminando a oscuras, tropezando, arrastrando el cuerpo, cruzando el río como ciegos. Cuando la luz empezó a levantar, recién se detuvieron. No por decisión. Porque las piernas ya no daban más.

El cuerpo de Lizardi, envuelto en el saco de Francisco, empezaba a oler. No era el olor dulzón de la muerte reciente. Era un olor agrio, profundo, que se metía en la ropa y en la garganta.

Oreja Parada se miró el brazo. La herida de la flecha, la que se había vendado con un trapo sucio, estaba negra. Un halo amarillento, como yema de huevo podrida, se extendía hacia el hombro. La olió. Hizo una mueca.

—Mañana no voy a poder cargar —dijo.

Y se puso de pie.

Nadie dijo nada. Todos sabían. El silencio era la única respuesta que podían darle sin mentir.

Caminaron todo el día. El viejo chiriguano iba de último, cada vez más rezagado. No se quejaba. La fiebre le subía por el cuerpo como una creciente. A media tarde, los dedos de la mano herida se le pusieron rígidos. No podía cerrar el puño.

Al atardecer, se detuvo junto a un algarrobo solitario.

—Aquí me quedo.

—No —dijo Francisco—. Te llevamos.

—¿Con qué mula? Se fueron todas o están muertas. Y yo peso más que el cura ese.

El asturiano iba a protestar, pero Oreja Parada lo atajó con un gesto de la mano sana.

—Déjeme, patrón. Usted no es mi dueño. Yo vine por los cuchillos. Ya me los pagaron. El trato está cumplido.

Berschon se arrodilló a su lado. El alemán tenía la sotana hecha jirones y los ojos hundidos en las cuencas, como dos pozos secos.

—Hijo, descansa un momento.

Se puso de pie. Miró el cuerpo de Lizardi, envuelto en capa terciada sucia, atado a la parihuela que arrastraban a duras penas. El olor agrio flotaba en el aire, mezclado con el olor de la herida de Oreja Parada.

—No podemos seguir así —dijo el alemán. La voz le salía ronca, como si hubiera tragado polvo todo el día—. El cuerpo nos retrasa. Y los chiriguanos nos pisan los talones.

—¿Y qué propone? —preguntó el Tuerto, sin levantar la vista del facón que estaba afilando—. ¿Dejarlo?

—No. Llevarnos lo esencial.

Pons levantó la cabeza. Sus ojos estaban rojos, de cansancio o de algo más.

—¿Lo esencial? ¿Qué es lo esencial de un hombre, Padre?

Berschon lo miró. Por un momento, el alemán pareció dudar. Luego habló con la voz firme de quien ha leído mucho y ha vivido más.

—En Roma, en las catacumbas, los primeros cristianos partían los huesos de los mártires para repartirlos entre las iglesias. La santidad no está en la carne, que se pudre. Está en el testimonio. En el hueso que sostuvo al hombre que dio la vida por Cristo.

Pons palideció.

—¿Vamos a... descuartizarlo?

—Vamos a liberarlo —corrigió Berschon—. Para que pueda volver con nosotros.

El silencio que siguió fue más pesado que el calor. Francisco se santiguó. Yasi, el mudo, miraba el horizonte sin pestañear. Oreja Parada, sentado contra el algarrobo, abrió los ojos vidriosos.

El Tuerto dejó de afilar el facón y lo sostuvo en la mano, con la hoja brillando a la luz del sol.

—Yo lo hago —dijo. El Tuerto conocía el filo y la carne; había desollado reses en Calchaquí cuando la tropa se quedaba sin provisiones.

—No —respondió Berschon.

El navarro alzó la vista.

—Esto no es faena —añadió el alemán, seco—. Es doctrina.

Le quitó el facón de la mano.

—Sujétalo a él.

El Tuerto no respondió. Solo se agachó junto al cuerpo.

La descarnación fue rápida, sucia, sin ceremonia.

No era carne.

Y no era suyo.

Francisco se apartó. Se fue detrás de unas rocas y vomitó, aunque ya no tenía nada en el estómago. Pons rezaba en latín, de espaldas, mirando las estrellas. Y así montaba guardia, con los ojos fijos en el monte.

Los huesos largos —fémures, tibias, húmeros— se envolvieron en el manto de la Virgen de la Tariquea, ese que Pons había rescatado de entre los escombros de la misión. El cráneo, sin mandíbula, también. Las vértebras, los huesos pequeños... quedaron allí, junto a la carne que Berschon había separado con el facón.

Cavaron un hoyo poco profundo, echaron los restos dentro, y los cubrieron con piedras. Berschon clavó una cruz improvisada —dos ramas de quebracho atadas con fibra de caraguatá— y rezó un responso breve.

—Requiescat in pace.

El Tuerto cargó el bulto de huesos envuelto en el manto sobre su hombro. Pesaba menos que el cuerpo entero, pero seguía pesando. Pesaba de otra manera.

—Ahora pesa menos —dijo—. Pero sigue pesando.

Pons ayudó a levantarse a Oreja Parada. Reanudaron la marcha.

Caminaron un trecho más. El viejo se apoyaba en el hombro de Pons. Sus piernas ya no respondían bien.

Oreja Parada se rió. Esa risa seca, corta, que se le ahogaba en la garganta.

—Padre... yo nunca me confesé de verdad. Siempre fue por cuchillos.

—Dios no mira eso. Mira el corazón. ¿Quieres confesarte?

El viejo lo miró. Los ojos ya vidriosos, con ese velo blanco que pone la muerte cuando se acerca.

—Entonces dígame que me perdone. Y que le cobre a los chiriguanos lo que me hicieron. Eso sí. Que se lo cobre.

Pons le tomó la mano sana. El viejo la apretó. Una vez. Despacio. Luego la soltó.

Siguieron.

Ya solo alumbraba la luna cuando el Tuerto escuchó un golpe seco detrás.

Se dio la vuelta, apuntando.

Oreja Parada ya no dio más.

Murió sin hacer ruido. Como mueren los viejos en la frontera: sin molestar a nadie.. Un suspiro, nada más. La respiración se le fue apagando como se apaga un fuego sin leña. Cuando Pons se acercó a darle la extremaunción, ya estaba frío.

El Tuerto se sacó el sombrero.

—Nuestro amigo ya no dio más, y nosotros seremos los siguientes, los chiriguanos no tardarán en venir, esta vez hay que esperarlos.

Francisco lo miró.

—¿Trampa? ¿Con qué? Somos cuatro y un bulto de huesos.

—Con él —dijo el Tuerto, señalando el cuerpo de Oreja Parada.

Francisco entendió al instante.

—Lo sentamos contra un árbol. De lejos, parecerá un vigía.

—Armado —añadió el Tuerto.

Cortaron una rama recta, gruesa, y se la cruzaron entre las manos. De lejos, podía pasar por escopeta.

Francisco dudó un segundo. Luego se quitó el sombrero.

—Así está mejor.

Se lo encajó al muerto, bajándole el ala hasta taponarle los ojos. Le acomodaron la espalda contra el tronco, las piernas abiertas, el cuerpo firme.

Desde la penumbra, era un hombre esperando.

—Que mire el monte —dijo el Tuerto.

Se replegaron sin ruido, buscando piedra y sombra. Treinta pasos. Menos.

El Tuerto miró a Berschon.

—Padre.

El alemán ya tenía su pistola en la mano. La misma que había cuidado todo el camino como si fuera un cáliz.

—Es hora —dijo el navarro.

Berschon no respondió. Revisó la cazoleta, apretó la carga con el pulgar. El gesto le salió más lento de lo que quería.

—Dos tiros —añadió el Tuerto—. Nada más.

—Lo sé.

No era solo la pólvora. Era la mano. No era hombre de puntería. Ni de distancia. Y sin embargo, levantó el arma.

—Apunte a lo que se acerque —dijo el Tuerto—. Cerca.

Berschon asintió.

No tuvieron que esperar mucho.

Los kereimba llegaron con la luna alta. No dieron aviso. No gritaron. Simplemente, las flechas empezaron a silbar desde la espesura.

Pero esta vez no había confusión. Los españoles los esperaban.

La primera flecha se clavó en el tronco del lapacho, a un palmo del cadáver de Oreja Parada. La segunda pasó rozando la roca detrás de la que se escondía Pons.

Angaypá salió de entre los árboles. No con los cinco. Con cuatro. El quinto había quedado atrás, o estaba rodeando. El cacique joven llevaba el tocado de plumas de guacamayo y una macana nueva.

Vio la silueta del vigía. Se detuvo.

—Es uno de ellos —dijo a los suyos—. Está solo. Lo rodeamos.

Los cuatro kereimba se dispersaron. Dos fueron hacia la izquierda, dos hacia la derecha. Angaypá avanzó de frente, agachado, con el arco tensado.

Llegó a diez pasos del lapacho.

La silueta no se movía.

Algo le olió mal. Demasiado quieto. Demasiado firme.

—No respira —murmuró.

Entonces lo vio. La rama que parecía una escopeta era solo una rama. El sombrero le tapaba la cara, pero debajo no había ojos.

—¡Trampa! —gritó.

Fue lo último que dijo antes de que el Tuerto disparara.

La bala le rozó el hombro. No lo mató. Le arrancó un tajo de carne y lo hizo girar sobre sí mismo. Angaypá cayó de rodillas, la macana al suelo, la sangre chorreándole por el brazo.

—¡Angaypá está herido! —gritó uno de los kereimba.

El caos se desató.

Francisco giró sobre sí mismo, buscando sombra entre sombras. Vio una silueta correr baja y apretó el gatillo. La escopeta escupió fuego y plomo. El hombre cayó de lado, arrastrando hojas, pero ya había otro entrando por el flanco.

—¡Por la derecha! —gritó, cargando a tientas.

Berschon se levantó de detrás de las rocas y disparó a ciegas. La bala dio en un tronco, a un palmo de la cabeza de un chiriguano. No importaba. El ruido los desorientó.

Yasi salió de la nada y se abalanzó sobre el kereimba más cercano. Forcejearon en el suelo. El mudo le enterró el cuchillo en el costado, una vez, dos veces.

Francisco cargó contra otro con la escopeta como macana. El chiriguano le atajó el golpe con el arco, pero el arco se partió. Francisco le dio un cabezazo en la nariz. Sangre. El chiriguano cayó hacia atrás.

Un kereimba, apareció por detrás. Saltó sobre Pons, que resguardaba el bulto de huesos.

Pons cayó al suelo. Rodillas y manos en la tierra. El aliento se le fue de golpe.

El chiriguano lo vio desde arriba. Presa fácil. Se le dibujó una sonrisa. Se acercó a rematarlo.

Pons hizo un puño. Se giró. No le dio un puñete.

Le lanzó arena a los ojos.

El kereimba chilló, se llevó las manos a la cara, frotando, cegado.

El Tuerto tiró la pistola vacía y sacó el facón. Saltó sobre el chiriguano con la boca abierta. Se encontraron en seco. Un choque de cuerpos. El acero entró y salió.

Berschon reapareció. Ya había recargado. Apuntó a Angaypá, que intentaba levantarse. No le dio. La bala pasó silbando junto a su oreja y se perdió en el monte.

Angaypá se puso de pie tambaleándose. La sangre le empapaba el brazo. Miró a sus hombres: tres muertos, un herido, solo uno en pie.

—¡Retirada! —gritó—. ¡Vayan! ¡Avisen a Yaguaró!

El kereimba que estaba oculto no lo dudó. Se metió en la espesura y desapareció.

El herido se arrastró entre los arbustos. Angaypá lo cubrió, disparando una flecha que se clavó en la roca de Berschon, a un palmo de su cabeza.

Luego él también huyó. Cojeando. Sangrando. Con el brazo colgando inútil.

El Tuerto quiso perseguirlo, pero Yasi lo detuvo con un gesto.

—No —dijo Francisco—. Déjalo. Que cuente lo que vio. Que sepan que no somos presa fácil.

Berschon se dejó caer contra una piedra. La pistola humeaba en su mano. No había matado a nadie. Pero había disparado. Y no había huido.

El Tuerto lo miró.

—Bien, Padre. No desperdició el tiro.

El alemán asintió. No pudo hablar. Le temblaba todo el cuerpo.

Contaron los muertos. Tres kereimba quedaron tendidos en el suelo. El cuarto, el que se arrastró, dejaría un rastro de sangre hasta el amanecer. Angaypá vivía, pero herido. No iba a liderar ninguna persecución por un buen rato.

El Tuerto cargó el bulto de huesos.

—Vamos. Esto no se acaba. Pero ganamos tiempo.

Miró hacia atrás. La silueta de Oreja Parada seguía sentada contra el lapacho. El sombrero calado. Su rama rota entre las manos. Parecía un centinela eterno.

Y reanudaron la marcha hacia el oeste. Hacia Tarija. Hacia la única salida que les quedaba.

Capítulo 8: CASA

Caminaron toda la noche.

No hablaban. Las palabras gastan agua. Cada uno iba metido en su propio agujero de sed y agotamiento. El Tuerto adelante, con el bulto de huesos al hombro y la pistola vacía al cinto. Yasi detrás, encontrando el camino donde solo había monte cerrado. Berschon en el medio, con Pons que se tambaleaba como un borracho pero no se quejaba. Francisco cerraba la retaguardia, con la escopeta apoyada en el hombro herido.

Al amanecer del cuarto día, Yasi se detuvo.

Señaló al frente. Un sendero que se desviaba hacia la derecha, llano, entre arbustos bajos y tierra pisada.

El Tuerto lo miró. Luego alzó la vista más allá, hacia el horizonte del este. Una nube de polvo. Lejos, muy lejos, pero moviéndose. Sombras que corrían. Los kereimba. Los habían alcanzado.

—Por ahí nos cazan —dijo el navarro, señalando el sendero—. No hay donde esconderse.

Yasi señaló entonces hacia la izquierda. Una peña empinada, de piedra caliza, que subía como una muralla entre el monte y el cielo. Una pared casi vertical, con agarres de raíces y salientes de roca.

—¿Por ahí? —preguntó Francisco, con la voz rota—. Estás loco. Por ahí no sube ni una cabra.

El Tuerto ya estaba caminando hacia la peña.

—Las cabras no tienen miedo —dijo sin volverse—. Nosotros sí. Por eso subimos.

Y empezó a trepar.

Fue una ascensión lenta, dolorosa, a puro pulmón y uñas. El bulto de huesos pasaba de mano en mano. Las piedras sueltas rodaban colina abajo, perdiéndose en la espesura con un ruido que sonaba a advertencia.

Cuando llegaron arriba, el sol ya estaba alto. La cima era una meseta angosta, de unos veinte pasos de largo por diez de ancho, rodeada de precipicios por tres lados. Solo se podía subir por el sendero que ellos habían usado. Una fortaleza natural.

—Aquí esperamos —dijo el Tuerto—. O pasan ellos, o pasamos nosotros.

Arrancaron ramas secas de los arbustos que crecían en las grietas, las amontonaron en el borde del sendero. Si los chiriguanos intentaban subir, las ramas caerían sobre ellos como una lluvia de espinas y palos.

Al anochecer, los vieron.

Eran más que antes. No solo los kereimba que habían sobrevivido. Se les habían unido otros, de las malokas cercanas. Bajaban por el sendero del río, siguiendo el rastro que ellos habían dejado.

Y al frente de todos, con el tocado de una corona de plumas de buitre real y la macana nueva reluciendo en la mano, iba Yaguaró.

El jefe. El puma.

El Tuerto los contó con una mirada. Eran muchos. Demasiados.

—No vamos a poder con todos —dijo Francisco, apretando la escopeta.

—No hace falta —respondió el Tuerto—. Solo hace falta que no suban.

Esa noche, mientras montaban guardia y disparaban a las sombras que intentaban trepar, el navarro se apartó un momento y se sentó junto a Berschon, que rezaba en silencio con el breviario de Lizardi en las manos.

—Padre.

El alemán levantó la vista.

—Dígale a mi hermana... —el Tuerto se interrumpió. Se hundió el dedo gordo en la barbilla, ensañándose con un granito. Volvió a empezar—. Cuando lleguen a Tarija, díganle a Sor Catalina que lo hice por ella. Que no rece más por mi alma. Que ya está hecho.

Berschon lo miró. Sus ojos claros, cansados, parecían entender más de lo que el navarro decía.

—¿Por qué no se lo dices tú mismo?

—Porque yo no voy a llegar.

El silencio se instaló entre los dos. El viento soplaba desde el este, trayendo olor a humo y a cosa quemada.

—Dios te guarde, Ysidoro —dijo Berschon al fin.

—Dios ya me guardó bastante —respondió el Tuerto—. Ahora me toca a mí.

El ataque final llegó con la luna alta.

Los chiriguanos intentaron subir en oleadas, pero las ramas secas y los disparos desde arriba los mantuvieron a raya. Hasta que Yaguaró, el más fuerte, el que llevaba el tocado de plumas de buitre real, encontró una grieta en la pared trasera. Trepó con la fuerza y la habilidad de un puma, sin hacer ruido, sin desprender una sola piedra.

Cuando llegó arriba, lo primero que hizo fue lanzarse sobre Francisco. El asturiano no lo vio venir. La macana le golpeó el hombro herido, haciéndolo caer. La escopeta rodó por el suelo, fuera de su alcance.

El Tuerto oyó el golpe y se giró. En ese instante, los chiriguanos de abajo lanzaron flechas con fuego hacia la cima. Las ramas secas empezaron a arder. El humo se mezcló con la luz de la luna, volviendo todo borroso, irreal.

Yasi se abalanzó sobre Yaguaró. Pelearon cuerpo a cuerpo, rodando entre las piedras. El chané era rápido, pero el otro era más fuerte. Terminó en el suelo, con la macana a un palmo de su cabeza.

El Tuerto llegó entonces.

No gritó. No hizo ruido. Simplemente, se interpuso entre el chiriguano y Yasi. Yaguaró giró hacia él, con los ojos brillantes de furia y el pecho cubierto de cicatrices rituales.

Pelearon.

El facón toledano contra la macana de quebracho. El navarro, con su medio mundo a cuestas, contra el guerrero que quería los huesos del Mbaekuaá. Se golpearon, se esquivaron, se hirieron. El chiriguano era más fuerte. El Tuerto, más terco.

Terminaron los dos en el suelo. El chiriguano arriba, con la macana levantada. El navarro abajo, con el facón clavado en el costado del otro. El guerrero gritó de dolor, pero no soltó el arma. La descargó sobre la cabeza del Tuerto. Una vez. Dos veces. La sangre saltó, negra a la luz de la luna.

El navarro quedó inmóvil.

El chiriguano se incorporó, tambaleándose, con el facón todavía clavado en el costado. Miró a Yasi, que seguía en el suelo, arrastrándose hacia la escopeta de Francisco. Levantó la macana para rematarlo.

Y entonces el Tuerto se movió.

Se lanzó sobre el chiriguano con el último resto de fuerza que le quedaba, abrazándose a él. Los dos cuerpos rodaron hacia el borde del precipicio.

Yaguaró gritó. Un grito que se cortó de golpe cuando los dos desaparecieron en la oscuridad.

Yasi se quedó mirando el vacío. Luego se puso de pie, tambaleándose. Vio a Berschon y a Pons, que seguían defendiendo el sendero, lanzando ramas ardientes y disparando a las sombras. Vio a Francisco, herido en el suelo, pero vivo.

Y entonces, por primera vez en todo el viaje, Yasi gritó.

—¡OÑEMANO PENDE RUVI! ¡PEHO, PEHO!

¡Ha muerto vuestro jefe! ¡Váyanse, váyanse!

Los chiriguanos de abajo se detuvieron. Miraron hacia arriba. Vieron a Yasi de pie, con los brazos abiertos, gritando en su lengua. Y vieron que su líder no estaba.

Se fueron.

Despacio, en silencio, como sombras que se desvanecen cuando sale el sol.

Al amanecer del día siguiente, los cuatro sobrevivientes bajaron de la peña. Francisco cojeaba, apoyado en Berschon. Pons cargaba el bulto de huesos, con el manto de la Virgen manchado de sangre y ceniza. Yasi iba adelante, como siempre, buscando el camino.

Caminaron todo el día. Sin hablar. Sin detenerse.

Al atardecer, el monte se abrió. Los árboles dieron paso a campos de caña. A lo lejos, recortada contra el cielo rojo, la silueta de la Villa de San Bernardo de la Frontera. La torre de la iglesia de San Francisco brillaba con los últimos rayos del sol.

Yasi se detuvo. Miró el valle. Miró la torre. Y con una voz rota, de tierra y siglos, dijo su primer palabra en español:

—CASA.

Epílogo: Polvo Cautivo

Pasaron los meses, y en la Villa de San Bernardo de la Frontera, octubre de 1735, el aire olía a primavera tardía y a incienso. Las campanas de la catedral —la iglesia de la Compañía— doblaban a gloria, no a muerto. Las mujeres se asomaban a las ventanas, santiguándose. Los hombres se quitaban el sombrero al paso del féretro.

Los huesos del Padre Julián de Lizardi, envueltos en seda colorada con galones de oro, eran paseados en andas por los preladados de las órdenes religiosas. El cabildo seglar, la alta sociedad, todos los habitantes de la región estaban allí. El sermón del guardián del colegio, fray José de Echeverría, recordó a los presentes los decretos de Urbano VIII que prohibían el culto a los no canonizados. Luego, sin contradicción aparente, pronunció un panegírico del venerable mártir.

Francisco de Caso y Valdés observaba de lejos, apoyado en un bastón, con el hombro vendado bajo la camisa. No participó. No se acercó al féretro. Sus ojos buscaban algo que no encontraba, algo que se había quedado en el monte del Ingre y que ninguna procesión podría traer de vuelta.

En el convento de las Carmelitas Descalzas, Sor Catalina de la Llaga rezaba de rodillas. No preguntó por su hermano. No hizo falta. Alguien le había llevado el recado de Berschon: *Lo hizo por usted. Que no rece más por su alma. Que ya está hecho.* Ella no dejó de rezar. Pero sus oraciones cambiaron de pedir a agradecer.

Algunas mujeres se acercaron al féretro. Doña Francisca Ignacia de Iriarte y Valdivieso, entre ellas. Se arrodillaban, tocaban la seda, rezaban en voz baja pidiendo favores. El rumor de los milagros ya corría por la Villa: partos difíciles que se resolvían, fiebres que bajaban, niños que nacían sanos. La semilla del santo estaba plantada. No hacía falta más.

Y así empezó.

No con un decreto.

Ni con Roma.

Sino con el rumor.

Yo escuché esas historias mucho después.

No en la Villa de San Bernardo que ahora en 1901 es Tarija, sino aquí en Sucre, en este mismo despacho donde ahora estamos usted y yo. La Arquidiócesis de La Plata siempre cubrió hasta Tarija, y aunque las guerras y los siglos cambiaron las fronteras, las historias no se mueven. Se quedan. Pesan.

—Por eso, cuando usted, padre Vaughn, viene con papeles de Roma, yo le digo que no pueden llevárselo — exclame.

—Monseñor Taborga los restos del venerable mártir pertenecen a la Iglesia universal —le dijo, con esa cortesía que tienen los ingleses cuando quieren imponer algo sin parecer que imponen—. Su traslado a Europa facilitaría el proceso de canonización. Es lo mejor para su causa.

Lo dejé hablar. Era mi despacho, pero él tenía los papeles.

—Usted no entiende —le dije cuando terminó— Su sangre de ese hombre regó esa tierra. Sus huesos, los que usted quiere meter en una caja y cruzar el mar, fueron cargados a lomo de mula y de hombre durante semanas. Se derramó mucha sangre. Esos huesos valen más que un decreto romano. Valen la fe de una región entera.

—Sin embargo, la autorización está firmada —insistió, con la voz pareja, sin alzarla.

Me quedé callado un rato. Miré por la ventana. Chuquisaca es blanca, tranquila, pero esa tarde yo no veía los tejados ni los cerros. Veía el monte del Ingre, que nunca conocí pero que he visto en sueños desde que escuché esta historia por primera vez.

—Trato —dije al fin—. Usted se lleva los restos. Pero deja aquí los huesos de un brazo. El derecho. El que bendecía. El que se tendió sobre los neófitos, sobre los enfermos, sobre los moribundos. Ese brazo se queda en Tarija. Para que la gente sepa que Lizardi no se fue del todo. Para que sigan rezando.

—Eso no está previsto en las instrucciones —respondió Vaughan.

—Lo sé. Pero usted no está tratando con Roma ahora. Está tratando conmigo. Y yo le digo que el amor de Lizardi por esta tierra, y el amor de esta tierra por Lizardi, valen más que cualquier instrucción.

El inglés me sostuvo la mirada. Largo rato. Vi en sus ojos algo que se parecía a la duda, o al respeto, o a las dos cosas. Al final asintió.

—El brazo derecho se queda.

Y se fue.

Esa misma tarde escribí la autorización, con la condición bien clara, para que constara en los archivos. Lo hice por la fe de los fieles. Por las mujeres que rezaban ante el féretro en 1735. Por el Padre Berschon, por el joven Pons, por todos los que derramaron sangre por él.

Sobre todo, lo hice por Lizardi. Porque un santo no es de Roma. Un santo es de donde lo quieren.

FIN